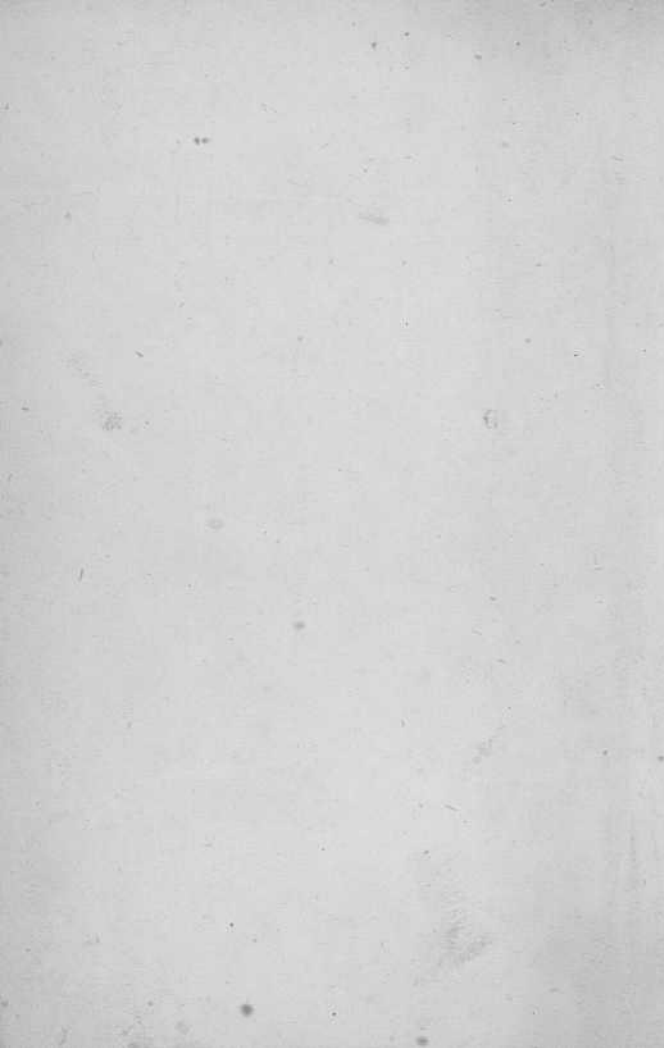




A. 30-1^a

5484





LA PALOMA BLANCA.

LA FAMILIA CRISTIANA.

LA PALOMA BLANCA,

novela original

POR

D. VALENTIN GOMEZ.



MADRID:

A. PEREZ DUBRULL, EDITOR.

Barco, 9 primero, cuarto tercero.

1871.

Madrid : 1871.— Imp. de LA ESPERANZA, á cargo de D. A. Perez
Dubrull, Pez 6.

UNA PALABRA AL LECTOR.

Seis años há que escribí los primeros capítulos de la presente obrilla.

Sepultados en el fondo de un cajon, y esperando no salir á la luz del dia sino al fuego de la chimenea en la hora menos pensada, fueron, por decirlo así, evocados por mi amigo el diligente editor de LA FAMILIA CRISTIANA, que me pidió unas cuantas páginas de novela para su escelente biblioteca.

No concuerdan bien las agitaciones de la vida política con el trabajo que requieren las obras de la imaginacion, trabajo reposado y tranquilo, como es azaroso y violento el de periódicos y Congresos. Mas con todo, agui-

joneando la voluntad y robando algunas horas al esparcimiento que la salud há menester, he logrado dar fin á la tarea que me impuse.

Como el lector mas iliterato ha de conocer forzosamente la diferencia de estilo entre los primeros capítulos y el resto de la obra, me ha parecido conveniente decir cuándo empezó y cómo acaba esta pobre hija de mi pobre ingenio, la cual encomiendo humildísimamente á la benevolencia de los lectores habituales de LA FAMILIA CRISTIANA, que por ser cristianos tambien, serán sin duda indulgentes y caritativos.

LA PALOMA BLANCA.

I.

BEATI QUI MORIUNTUR IN
DOMINO.

El pueblecito de Albabella es uno de los mas pintorescos del antiguo reino de Aragon, y el panorama que se estiende ante los ojos del viajero colocado en la cumbre de una suave colina que se levanta á orillas del J..., como un centinela que velara por la aldea, no puede ser mas encantador.

Cierto que serian vanos todos los esfuerzos que el curioso empleara en buscar mi dicho pueblecillo en el mapa, y ni aun, como dice Fernan-Caballero, en el *Diccionario* de Madoz; pero no es menos cierto que Albabe-

lla existe en el fondo de mi corazon, como existen todos los recuerdos gratos de nuestra infancia ó de nuestra juventud, por mas que estraños ojos no puedan penetrar en el laberinto de su existencia.

Albabella ocupa el mas modesto rinconcito de un valle, ó de una vega, como se dice en el pais, sembrada de árboles frutales y de elevadísimos olmos que festonan las márgenes del rio.

Aunque en lo general las colinas de Aragon suelen ser estremadamente áridas, las que rodean el citado pueblecillo, tan recargadas están de viñedos por una parte y de olivares por otra, que parecen una corona de flores ciñendo las sienes de una niña de quince años.

Iba cayendo el sol en uno de los tibios dias del mes de setiembre; los labradores habian recogido ya sus instrumentos de labor, y volvian al seno de sus familias, cantando por lo bajo y soltando entre cancion y estribillo algun terno de los usuales en el pais; esclamacion que las fatigadas mulas comprendian como si fuera su lenguaje propio, porque so-

lia ir acompañada casi siempre de un garrotazo de padre y muy señor mío.

Aquella gente, tan mal educada por lo comun, tan soez y grosera en su lenguaje, suele abrigar muy nobles sentimientos, y sobre todo una fe viva, que dice bien á las claras cuánto mayor es el interes de la Iglesia en cultivar el corazon de aquella gente, que el del Estado en cultivar su entendimiento. Y no se comprende cómo el Estado, que ha querido encargarse de la instruccion, la descuida de tan lastimosa manera, faltando así á un deber que él mismo se ha impuesto, arrebatándolo de manos de la Iglesia, que con harta mayor solicitud lo cumplia, especialmente en lo que toca á la instruccion primaria, base y seguro fundamento de toda buena sociedad.

La campana del pueblo habia anunciado la hora del crepúsculo en que todo corazon cristiano debe volver los ojos á Dios; pero á este toque, lleno de poesía y de recogimiento, habia sucedido otro mucho mas pausado, mucho mas triste.

Al oirlo, dos jóvenes labriegos que entra-

ban ya por las calles del pueblo, cruzaron las siguientes palabras:

—Chico, dijo el uno: ¿sabes que me *paice* que tocan á la agonía?

—¡A la agonía! replicó el otro prestando atención al sonido de la campana; ¡pues es *verdá*...! ¡Calla! Ya sé por quién tocan, que me han dicho esta mañana que estaba *mu malica*.

—¿Quién?

—La *señá* Antonia, la pobrecica abuela de la señorita Ana.

—¡Ah, sí! ¡Como la pobre estaba ya tan vieja...! Pues digo, si se muere, va á quedar lucida la nieta; sin padres, ni parientes...

—¡Anda, tonto, que mas rica es ella que nosotros! ¡Y luego dicen si ese *señorito* madrileño la festeja ó no...! Y, en fin, no te apures por eso, que con una buena cara como la suya, por todas partes se va bien.

—Si eso de la buena cara es *verdá*, muchos *prejuicios* te ha de hacer á tí la tuya en esta vida.

—¡Bah, chico! repuso el aludido encojiéndose de hombros; de todo ha de haber

en la viña del Señor, y otros hay mas feos que yo y se pasean en coche.

Mientras nuestros dos interlocutores continuaban su conversacion y su camino, la campana seguia doblando tristemente por el alma de la que iba á comparecer ante el tribunal de la Justicia y la Misericordia.

Llegado que hubieron los dos mancebos á su casa, despojaron á las caballerías de sus arreos de labranza, colocaron cada cosa en su sitio, y se dirigieron á la iglesia, en donde casi todo el pueblo se hallaba reunido, elevando al cielo sus preces para que alcanzara la enferma lo que le fuera mas conveniente.

El coadjutor de la parroquia leia en alta voz las oraciones que la Iglesia tiene para estos casos, y los fieles unian su ánimo al del sacerdote, escuchando con profundo recogimiento sus palabras. Esta piadosísima costumbre, que con tal vigor se conserva todavía en algunos puntos de Aragon, ¿por qué no habia de estar mas generalizada? ¡Es tan dulce y consolador saber que todos los corazones que mantienen una misma creencia han de unirse á la Iglesia para alzar de

consuno sus preces en los últimos momentos de nuestra vida...!

Ya casi fuera del pueblo, por la parte del Norte, se veía una casita blanca que hacia como la cabecera de un hermoso huerto, cuyo término daba casi á orillas del rio. Era delicioso el golpe de vista que esta casa presentaba colocándose uno en la cumbre de la próxima colina. Hubiérase dicho que era un ramillete de rosas blancas, entre las que destacaba el color rojo de un clavel; que tal parecían las tejas, recientemente colocadas sin duda, y que formaban la corona del edificio.

Aquella casa debió ser construida exclusivamente para albergar seres felices. La coquetería y sencillez de su estilo; la frescura y los perfumes que emanaban del inmediato huerto; la suavidad del ambiente que por todas partes la cercaba, como queriéndola preservar de los fétidos miasmas del mundo; la serenidad del cielo, que parecía derramar bendiciones eternamente sobre aquel afortunado rincón de la tierra; los alegres pájaros, que no dejaban un momento de cantar alabanzas á Dios para enseñar á los maldicien-

tes y desesperados cuál es el destino de las criaturas en el mundo, todo, en fin, hacia suponer que aquel era el modesto nido de la verdadera felicidad. ¿Y por qué nos empeñaremos en buscarla en medio de las luchas que conmueven el espíritu humano, entre la agitacion incesante de los grandes centros, donde, por lo general, solemos ir dejando á cada paso una ilusion, un pedazo de nuestra alma...?

Dentro de aquella casa se ofrecia un espectáculo, no sé si diga triste ó consolador: ambas cosas pudiera ser, porque la resignacion engendra la tristeza del consuelo; pero no es precisamente resignacion lo que sentimos al presenciar uno de esos cuadros, que solo nuestra santa Religion conoce; es cierta dulce melancolía, residuo, digámoslo así, del dolor que la esperanza ha ido desalojando del alma.

Dentro de una espaciosa alcoba, donde apenas penetraban los débiles rayos de una bujía que iluminaba la sala, sobre un lecho humilde, pero aseado y decente, una pobre anciana esperaba con la tranquilidad del jus-

to la hora de ver á Aquel que es todo belleza y amor.

Su rostro enjuto y arrugado estaba cubierto de una palidez que lo hermoseaba verdaderamente; sus cabellos, blancos como la pureza, caían sobre sus sienes, coronándolas con una aureola de luz celestial. La blancura de su rostro y de sus cabellos parecía retratar la paz inalterable de aquella alma, cuyos deseos no habían jamás traspasado las tierras que dominan el vallecito de Albabella.

—Señora Antonia, decía el párroco que la ayudaba á bien morir; dirija V. todos sus pensamientos á Dios; El que es la Misericordia infinita, abre las puertas de su gloria por una lágrima de arrepentimiento.

—Sí, P. Francisco, contestaba la moribunda casi imperceptiblemente; Dios es muy bueno, y perdonará todas mis faltas... Pero, añadió haciendo un esfuerzo, yo quisiera ver á mi nieta por última vez... ¿Dónde está?

—Estoy aquí, abuelita, dijo una voz entrecortada por los sollozos, que salía del fondo de la alcoba.

—Mira, acércate un poco, repuso la en-

ferma; quiero verte... así... Dame un poco de agua... ¿Por qué lloras? preguntó oyendo los mal reprimidos sollozos de la nieta.

—No, si no lloro, dijo la jóven devorando sus lágrimas.

—Oye, Ana: tú quedas sola en el mundo, y eres jóven, y bella, y... es preciso... que seas... buena... Encomiéndate siempre á la Vírgen..., y verás... qué... tranquila vives...

Luego, descansando un instante, añadió dirigiéndose al P. Francisco:

—V. velará... por ella..., ¿no es cierto, padre mio?

—Yo se lo prometo á V., dijo el buen sacerdote; pero ahora necesita V. pensar en Dios, que no abandona nunca á quien le ruega con puro corazon.

—Sí, padre mio; es verdad; yo le rogaré en el cielo por mi nieta..., y por todos los que he amado en el mundo...

Y un momento despues, tomando un Santo Cristo que el sacerdote le ofrecia, comenzó á murmurar una oracion.

—¡Jesus mio! decia con apagado acento; por la purísima sangre que vertiste... para

lavarnuestros pecados..., perdona los míos..., ten... piedad... de esta pobre mujer... Y tú, Virgen Santísima, acuérdate... de... mí... en este momento... solemne...

Calló, y sus ojos se clavaron en la efigie que tenia delante; continuaba orando, á juzgar por el movimiento de sus labios, donde á poco empezó á dibujarse suavemente una sonrisa, como si su alma entreviera las delicias de la vida reservada á los que mueren en el Señor.

Luego dejó escapar un suspiro, estrechó el Cristo contra su pecho, cerró los ojos, dobló su cabeza, y espiró sonriendo.

—¡Benditos los que mueren en el Señor! exclamó el cura.

Y Ana, transida de dolor y anegada en lágrimas:

—¡Sola en el mundo! decia con entrecortado acento.

II.

ARRULLOS Y PERFUMES.

Ana tenia diez y ocho años á esta sazón, y no se sabia qué admirar mas en ella, si lo gallardo de su talle, la brillantez y hermosura de sus ojos garzos, la pureza de su sonrisa, la freseura de sus delicadas mejillas, ó los admirables dones de que hallábase dotada su alma. Todo ello junto y confundido en aquella deliciosa criatura, hacia que nadie pudiera contemplar y conocer aquel precioso ramillete de gracias sin sentirse vivamente poseido de admiracion, y atraido por el iman de su belleza; que tales son los privilegios de la hermosura, como dice Cervantes.

Sus padres eran unos ricos labradores del pueblo, que habian procurado dar á su hija

una educacion esmerada, tal y como era de razon, por ser única y heredera á su tiempo de una muy regular hacienda, mas estimable por lo sólida que por lo cuantiosa. No le faltó, pues, nada de lo que al efecto convenia, y hasta hiciéronle traer un piano, de cuya enseñanza se encargó el organista del pueblo, quien de seguro no podia competir con Thalberg, lo cual no fue obstáculo para que la niña adelantara mucho en poco tiempo, pues unia á su inteligencia precoz una aficion estremada; y á tal punto llegó en sus adelantos, que el humilde organista no tardó en confesar (sea dicho en honra suya y en pro de la justicia) que no como á discípula, sino como á maestra, la consideraria de allí en adelante.

A Ana, sin embargo, faltaba una cosa á que no podia llegar ciertamente la ignorancia de sus padres; faltaba encaminar como era menester la extraordinaria sensibilidad de su corazon, que, á no ir derechamente conducida, podia dar al traste con todas las demas prendas y cualidades que tan en alto la colocaban.

Y no porque lo que atañe á nuestras santas creencias y á la piedad de que debe estar poseida una jóven hubiera sido descuidado en ella, no; que antes bien, aquellos buenos labradores trataron de darle á conocer todo lo que á ellos se les alcanzaba de las cosas divinas, y aun el mismo cura del pueblo, que mantenía estrechas relaciones con estas cristianas gentes, no perdía ocasion de enseñar á Ana lo que conviene saber de la Religion sacrosanta.

Mas sucedia que su inocente espíritu, algun tanto soñador de suyo, como hemos dicho, sentíase con ansiedad de otra cosa que no fuera lo que hasta entonces conocia; tendencia natural del alma humana que siempre corre en pos de lo desconocido.

Así que á una escasa educacion religiosa se unia una educacion profana, no muy completa tampoco, lo cual era causa de que en el corazon de Ana se estableciera un equilibrio que fácilmente podia alterarse, y tal vez con grave daño suyo, segun las impresiones posteriores desarrollaran ya una, ya otra educacion.

Todo esto, sin embargo, era ignorado de los padres, del cura, y hasta de la misma joven, que, en medio de todo, era feliz, salvo los momentos en que venian á perturbarla esas vagas inquietudes, esas oscilaciones inesplicables de su espíritu, que como nubes de verano pasaban sobre él vertiendo algunas gotas de languidez y melancolía, y al punto tornaban á desaparecer, y el cielo de su existencia volvía á mostrarse puro y risueño, porque la enfermedad que ocasionaba estas breves ansiedades estaba todavía en los principios.

Y esto que digo acontecia cuando Ana entraba en la primavera de su vida; esto es, cuando acababa de cumplir quince años; edad la mas á propósito para formar recta y seguramente el corazon de los jóvenes, y la mas peligrosa por la novedad con que todo va presentándose á nuestra vista, y la belleza con que el mal se reviste para halagar nuestros inocentes sentidos.

En este tiempo llevose Dios á sus padres, que en menos de dos meses murieron ambos, y Ana quedó al cuidado de su abuelita,

que era toda una buena mujer, constituyéndose un honrado pariente en curador, que con toda lealtad administraba los bienes de la muchacha.

Ella, sencilla é inocente en sus aspiraciones, pasaba los días felizmente,—que no hay cosa como la sencillez para ser feliz,—ocupada en el arreglo de su casita.

Levantábase de madrugada, dirigia su oracion de costumbre á la Vírgen, cuya imagen tenia á la cabecera de su cama, volaba á oír misa en compañía de su abuela; y al ver á entrambas juntas, se podia sospechar que la primavera y el invierno se habian hermanado, y una vez de vuelta, se despojaba de su velo y de su vestido de lana fina, y colocándose una ancha bata de percal á cuadros, besaba en la frente á la bondadosa anciana, y haciendo un mohin graciosísimo, solia decirle:

—Vaya, abuelita: voy á preguntar á mis palomas cómo han pasado la noche.

Y ligera como un sueño de ventura, se lanzaba escalera arriba del palomar.

Apenas aparecia en la puerta, las palomas

saltaban de regocijo, y no esperaban mas que ser llamadas por su nombre, que todas le tenían, para colocarse sobre los hombros de Ana, que en su propia boca les hacia comer miguitas de pan.

¡Quién pudiera trasladar aquí los deliciosísimos coloquios que Ana entablaba con sus queridas palomas!

Inspeccionaba cuidadosamente todos los nidos, y veia en qué estado se encontraban los huevos ó los pichones.

Que la Perlita (una de sus palomas), por ejemplo, habia dejado enfriar un huevo: allí era lo de decir Ana con toda la gravedad y energía de un preceptor de primeras letras:

—¡Ah, descastada! ¿Tambien tú vas acostumbrándote á estas pícaras mañas? ¿Así agradeces las consideraciones que te guardo, y las raciones extraordinarias de trigo que te subo la mayor parte de los dias?

Y la paloma entonces, erizando sus plumas y arrastrando la cola, comenzaba á arrullar, como diciendo:

—Perdóname, Anita; perdóname, Anita.

—No hay perdon para las desagradecidas,

contestaba Ana agitando su hermosa cabeza; de hoy en adelante deja V. de ser mi favorita, y será V. tratada con todo el rigor que se merece. ¡Vaya! ¡Pues me gusta! ¡A eso podíamos llegar...!

—Que ya no lo haré mas, que ya no lo haré mas, respondia la paloma arrullando siempre.

—Esas son zalamerías que no me engatusan, decia Ana; y no me venga V. ahora con que si fue, que si vino... Nada, nada; á la que no cumple con su obligacion, castigo en ella... ¡Hola, Manchada! (volviéndose á una paloma blanca con pintas negras): A ver cómo están esos pichoncitos... ¡Muy bien! Ya empiezan á apuntarles las plumitas doradas... Así me gusta... ¡Vaya! venga un beso en recompensa de tu buena conducta. ¡Calle! ¿Se ha escapado Lucifer? (Era un palomo negro, montaraz y arisco como una suegra.) El maldito habrá dado la vuelta á su pais, que es el infierno, cansado ya de vivir entre gentes honradas.

Pero Lucifer no se habia marchado: estaba en un rincon del palomar dando grazni-

dos como un cuervo, y ocupado en picar ferrozmente unos huevecillos abandonados por la hembra. Así que le vió Ana, dirigióse hácia él graciosamente indignada, y le soltó un manotazo, exclamando:

—¡Tunante! ¡En nada bueno has de pasar el tiempo, malas entrañas! ¡Si digo que hasta en los animales ha de haber siempre un Judas!

Lucifer huyó de allí rechinando el pico, ya que no los dientes, diciendo para su capote, ó para su pluma:

—¡Hum! ¡condenada! Con sus manecitas blancas me hace ver las estrellas.

Así, pues, pasaba nuestra jóven lo mas hermoso de las mañanitas de verano, que compartia con el cuidado de sus gallinas y con las labores de la casa.

Yo no sé qué tienen las aves que simpatizan tanto con la inocencia; ó, mejor dicho: yo no sé qué tiene la inocencia que simpatiza tanto con las aves.

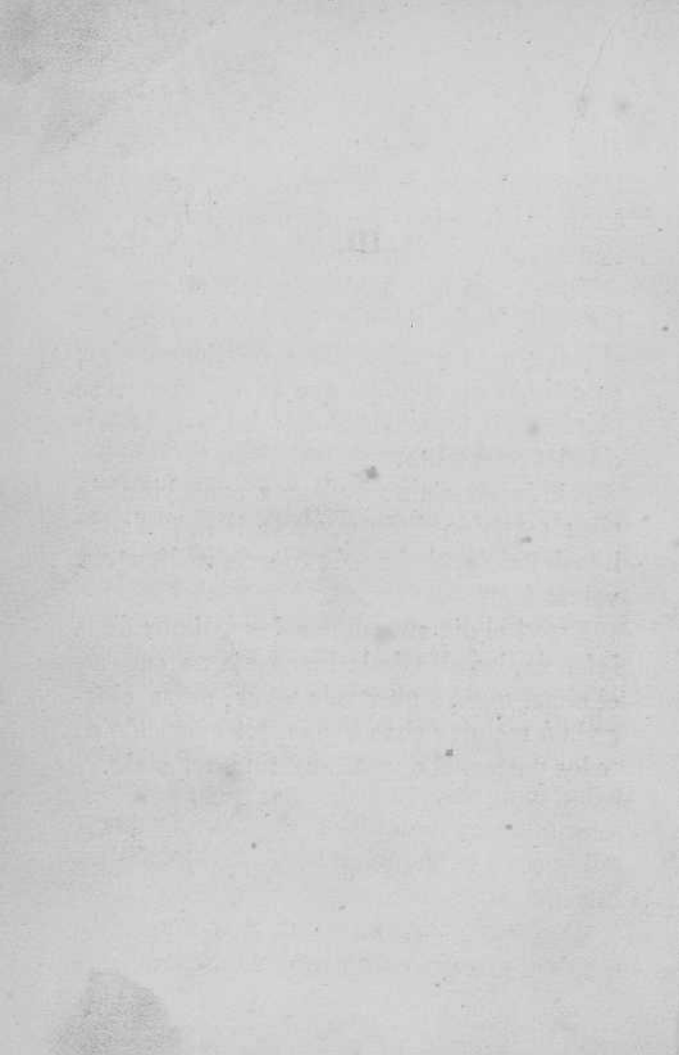
¡Los pájaros y los niños...! Digamos mas bien: ¡los pájaros, los niños y las flores! Hé aquí tres ideas que se confunden, que no

pueden vivir una sin otra. Bañadas por la blanquísima luz de la pureza, se presentan á nuestra imaginacion como un solo ser que tiene diversos colores.

Y hay algo indudablemente de comun entre ellos. Todos tienden á un mismo punto: al cielo; porque si las flores no tienen alas, en cambio su esencia, que es el aroma, se pierde en la inmensidad del aire, y sube hácia el firmamento.

A la inocencia no podemos concebirla sin alas: ¿y quién duda que las tiene? Siendo hija del cielo, ¿habian de faltarle medios para volver á él?

Y ¡ay! el dia en que nos despedimos de la infancia, las alas de la inocencia se caen, y el alma, que ya no puede volar, se ve obligada á recorrer paso á paso, y tropezando en todas partes, el angosto camino del cielo.



III.

ARMONÍAS.

Después del toque de oración, cuando ya las estrellitas empezaban á guiñar los ojos desde lo alto del firmamento, Ana y su abuela se recogían en un pequeño gabinete que daba á la sala, y rezaban el rosario, esa continua repetición de *Ave-Marías* que algun autor califica de monótona y pesada por demás, y aun de esencialmente prosáica, acaso porque no ha meditado bien la belleza que se encierra en ese *te amo* incesante, y, sobre todo, cuán poseído debe estar el corazón de sentimiento y de ternura para dirigir una y mil veces á la Madre de Dios esa celestial salutación.

De cierto que no se creerá monótona, ridícula y prosáica la correspondencia de dos

que bien se quieren, porque eternamente se hagan mutuas protestas de amor, casi siempre con idénticas frases. Preguntad á un enamorado si se cansa de repetir al bien de su alma: *te adoro*. Os contestará que no encuentra nada mas que decir al objeto de su cariño; que en esas dos breves palabras está concentrado todo lo que siente; que en cada momento se le escapan de los labios entre suspiros de amor; que son las últimas que pronuncia cuando cierra sus párpados el sueño; que al despertar son las primeras que se le ocurren; que ellas, en fin, son el aliento de su vida.

Pues mas grande aun debe ser nuestro amor á MARÍA, y con mas espontaneidad repite el corazon verdaderamente cristiano esa dulcísima plegaria llena de sencillez y de poesía.

Hubiera visto el autor aludido á Ana y á su abuelita, á aquellos dos seres que parecian representar la aurora y la tarde, tan distintos en edad, en carácter, en aspiraciones y en deseos, confundidos, por decirlo así, en una sola oracion, en un solo pensamien-

to, cuyo perfume llegaba hasta el Trono del Altísimo como una nube de incienso, como la llama del sacrificio de Abel, y, á no dudar, su corazón de poeta hubiera latido de entusiasmo y de ternura ante aquel sencillo espectáculo.

La tibia luz del sol que se hunde en la inmensidad de los mares; el melancólico susurro de las hojas estremecidas por el aliento de las auras; el fresco y delicado aroma que se desprende de las tendidas alamedas, como para despedir al día, que va alejándose allá por Occidente; el eterno murmullo del río que se desata rápidamente entre los peñascales, como si lo persiguieran; el sonoro chirrido de las tímidas golondrinas, que revolotean de un lado á otro para alegrar á los sencillos de corazón, que son sus más caros amigos; las nubes que se ruborizan porque la luna las ha sorprendido contemplando estasiadas los últimos destellos del sol, toda la hermosura de que se reviste la naturaleza al caer de la tarde prestaban tal encanto á las oraciones de una bellísima niña de quince años, cuyo corazón empezaba á

abrirse como el capullo de una rosa, y de una anciana cuyos brazos se doblaban como las ramas de un sauce nacido al pie de un sepulcro, que es imposible describirlo para hacer sentir á quien con alma de poeta no admire, no ame las obras de Dios.

Una vez concluido el rosario, la abuela se calaba sus espejuelos, que habian conocido el ejército de Napoleon *el Grande*, y se ponía á hacer calceta á la luz de un velon de bronce con pantallas pintadas de verde.

Ana, por su parte, iba á gozar de lo que hasta entonces constituía su felicidad en el mundo: de la música.

Abria las ventanas de su gabinete, que daban al campo, y dejaba penetrar los hermosos rayos de la luna, que se derramaban por la habitacion como si la cubrieran con un baño de plata.

Las suaves emanaciones de los tilos y de los rosales embalsamaban el ambiente refrescado por los tenues vapores del inmediato rio.

En seguida abria el piano, en cuyo teclado se reflejaba la luz de la luna como en la

nieve la primera sonrisa del alba , y aquella niña, toda terna y belleza, de corazón delicado como una sensitiva, se abandonaba á los vuelos de su inspiración, arrancando del instrumento notas tan dulces, tan impregnadas de amor y de poesía, que, al vibrar en medio del silencio majestuoso que reinaba por todo el valle, hubiérase pensado oír una de esas melodías vagas, incomprensibles, purísimas, que vienen á acariciar nuestros primeros sueños de felicidad en los rosados días de la adolescencia.

Ana , que era artista, que lloraba al ver matar un pájaro, que se entristecía al contemplar una flor mustia y pisoteada, no hallaba nunca expresión mas fiel de sus sentimientos que la música, ese arte sublime que nada individualiza, pero que dice todo cuanto nosotros deseamos, que interpreta con pasmosa exactitud, así nuestros dolores como nuestras alegrías, lo mismo la indefinida aspiración de nuestras ilusiones que la pesada realidad de nuestros desengaños.

Horas enteras dedicaba siempre nuestra hermosa joven á ese placer tan inocente

como inmenso, y nunca cerraba el piano sin pasmarse de lo veloz que el tiempo habia trascurrido.

¡Son tan breves los momentos de felicidad! La realizacion de un sueño de oro pasa por delante de nuestra alma rápida como el vuelo de la golondrina, impalpable como un perfume; y es que busca su patria, el cielo, porque allí no mas se encuentra la eterna realizacion de nuestros sueños de ventura.

IV.

UNA PALOMA PERDIDA.

—¡Abuela! decía una tarde Ana toda temblorosa y sobrecogida como si le hubiera sucedido una terrible desgracia: ¿sabe V. que no parece por ninguna parte mi querida paloma la *Manchada*?

—Pues, hija, se habrá ido á tomar el fresco por ese valle adelante; déjala bendita de Dios que se distraiga un poco la infeliz, que hartó sufrirá con la fiera esclavitud en que la tienes.

—¡Ay! no; algo le debe de haber sucedido. ¡Marcharse ella tan lejos del palomar, y no volver en seguida...!

—¿Y por eso te apuras?

—¡Es que me temo una desgracia! dijo

Ana con un acento tan formalmente desgarrador, que la abuelita no pudo menos de sonreirse.

—Mujer, cualquiera que te escuchara pensaría que se trataba de un individuo de la familia.

—Pero ¿no sabe V. que era mi paloma favorita...? ¡Ay si me la matan...!

Y aquí hizo un gesticillo de desesperación tan gracioso y delicado, que la pobre abuela no pudo resistir al deseo de levantarse y dar un beso en la frente de su nieta.

Ana volvió á subir al palomar corriendo, y era la cuarta ó quinta vez que subía, por ver si su paloma, arrepentida de sus calaveradas, había vuelto á los patrios lares, como el hijo pródigo.

Pero la Manchada no parecía.

Tal vez en aquel momento era presa de algun fiero gavilán; tal vez algun astuto gato, en un arranque *neroniano*, la sacrificaba á su voraz apetito.

¡Sabe Dios lo que en aquel momento sería de la pobre paloma!

Ana, toda inquieta y agitada, no pudien-



Aquel jóven, vestido, y no sin cierta elegancia, de cazador, llevaba pendiente de su mano derecha la infeliz paloma, teñida en sangre.

do sosegar en ninguna parte, bajó al huerto á mirar por la campiña adelante... ¡Trabajo inútil! La paloma no parecía. El huerto tenía una fuerte, aunque tosca verja de hierro por la parte que daba al río. Hacia allí se dirigió Ana, porque tal vez la paloma anduviera revoloteando por la arboleda que cubría la falda del próximo monte. Se asomó á la verja, paseó afanosamente sus miradas por todo el bosque... ¡Nada; échale un galgo á la paloma!

De repente Ana dió un grito de espanto. Acababa de ver á un jóven de gallarda presencia que cruzaba por la senda que iba serpenteando á orillas del río por la parte que daba al huerto.

Aquel jóven, vestido, y no sin cierta elegancia, de cazador, llevaba pendiente de su mano derecha la infeliz paloma, teñida en sangre.

Ana no desconoció á su querida Manchada. ¡Oh! Se sabía de memoria hasta sus mas insignificantes señales. Verla, reconocerla y lanzar un grito, fue todo uno.

El jóven cazador, al oír el grito de Ana,

volvió la cabeza sorprendido, y vió á la muchacha, que no quitaba ojo de la paloma, con todas las muestras de un dolor verdadero.

—Señorita, se atrevió á decirle: dispéñseme V. que le pregunte la causa del espanto con que mira V. esta paloma.

—¡Ah, caballero! contestó Ana saltándosele las lágrimas; acaba V. de cometer un crimen. ¡Ha asesinado V. á la mas hermosa de mis palomas, á mi paloma favorita...!

—Juro á V., contestó el cazador, que nunca me perdonaré este crimen, sí, este horrible crimen que acabo de cometer. He matado un objeto del cariño de V., y he sido causa de que esos bellísimos ojos derramen acaso las primeras lágrimas de dolor.

Ana sintió fuego en el rostro, y bajando la mirada, dijo:

—¡Dios le perdone á V. el daño que me ha hecho!

—¿Me será permitido resarcirle de alguna manera?

—Es muy difícil, caballero.

—Lo sé; pero, aun así, procuraré intentarlo.

Dijo, y el joven cazador, haciendo un saludo amable y cortés, desapareció tras de las tapias del huerto.

Ana volvió al lado de su abuela, pensando en su desgraciada paloma... y en el agraciado cazador.



V.

UNA PALOMA ENCONTRADA.

Al día siguiente de la escena que acabo de referir, Ana, al volver de misa, se olvidó de subir á hacer su visita acostumbrada á las palomas. En la planta baja de la casa habia una habitacion, al lado de la cocina, donde la abuela solia trabajar por las mañanas. La habitacion era muy fresca, porque tenia una ancha ventana que daba al huerto, y las ramas espesas de una robusta noguera prestaban sombra apacible, y agradable frescura á toda aquella parte de la casa.

Ana se colocó al lado de su abuelita, cogió la labor, y con mal disimulado interes sacó á cuento la aventura de la paloma, de la tarde anterior.

—Créame V., abuelita: nadie hubiera dicho que aquel jóven tan amable fuese capaz de cometer un asesinato semejante.

—Ya ves que el ser amable no quita para matar una inocente paloma.

—¡Oh! pero él dijo que si hubiera sospechado el daño que iba á causarme aquella muerte, no la hubiera cometido, replicó Ana con infantil ingenuidad.

—¡Ya! murmuró la abuela. Eso no pasa de ser un requiebro.

Ana cayó en la cuenta de lo que habia dicho, y bajó los ojos ruborizada.

—¿Y dices que te prometió reparar el daño?

—Sí; y á la verdad que no alcanzo de qué manera pueda hacerlo.

—¡Quién sabe! estos cortesanos tienen salidas para todo.

—¿Y cómo sabe V. que él es cortesano?

—¿Pues qué ha de ser sino alguno de los que habitan en esa hermosa quinta que acaba de construir el general conde de Villanueva?

Ana hizo un gesto de disgusto, ó mas

bien de tristeza, y volvió á bajar los ojos, no sin dirigir antes una mirada furtiva hácia la ventana, desde donde se veia todo el huerto hasta la falda del inmediato monte.

Suspiró, y continuó trabajando.

A pocos instantes entró en la habitacion un criado de la casa, muy bruto por cierto, pero muy honradote, que era conocido con el apodo de *el Serafin*. Era mas feo que Picio.

El Serafin tenia la habilidad de no hacer cosa derecha, pero con la mejor intencion del mundo. Era tan cerrado de entendimiento, que no podia espresar tres ideas seguidas sin armar un batiburrillo de dos mil diantres.

Allá va una muestra.

Entró y dijo:

—Señoritas: ahí está una paloma con un caballero toda de un color, y dice que si Vds. pueden verle que... *decetra*.

La *et cætera*, ó *decetra*, como él decia, era el *amen* imprescindible de todas las peroraciones que ensartaba el bendito Serafin. Cuando el embrollo de sus ideas llegaba á un punto de donde ya él no podia salir con holgura, encajaba una *decetra* como un tem-

plo, y se quedaba mas fresco que una lechuga.

—Hijo mio, dijo la abuela con tranquilidad y dulzura; no he entendido una palabra de lo que has hablado. Si quieres repetir...

Ana habia adivinado perfectamente el logogrifo del Serafin. Su rostro, encendido como una amapola, lo daba á entender con toda claridad.

—Quiere decir que ahí está el cazador.

—Eso es, replicó Serafin; un señorito que está aquí, y pregunta á ver si puede... *decetra*.

—Que pase; dile que pase, contestó la abuela.

Ana comenzó á temblar como un azogado. Hubiera querido no estar allí en aquel instante. No podia resistir los violentos latidos de su corazon.

Se abrió la puerta, y apareció en el umbral un jóven de regular estatura, delgado de cuerpo, de airoso porte, de mirada penetrante, pero franca y leal. Su traje era sencillísimo, pero lo hacia elegante la gallardía del cuerpo que lo llevaba y la graciosa soltura de sus movimientos.

El jóven descubrió su cabeza noble y des-
embarazada, hizo un saludo respetuoso, y
fue á tomar asiento en una silla que Ana,
toda temblorosa y ruborizada, le ofreció por
insinuacion de su abuelita.

—Señora, dijo el jóven dirigiéndose á la
anciana: vengo á reparar una falta, si real-
mente es posible repararla. V. tendrá noticia
de lo que ayer aconteció por culpa mia.

—Sí, caballero; lo sé todo. Sé que ayer
prometió V. reparar esa que V. llama *falta*,
y que no tiene para mí importancia nin-
guna.

Ana miró á su abuela, como sorprendida
de las palabras que esta acababa de pronun-
ciar. ¡No dar importancia al asesinato de su
paloma! ¿Qué queria decir esto? ¿Acaso que
no admitia la reparacion del jóven criminal?

—¡Ah! veo, replicó el jóven, que en este
punto no piensa V. lo mismo que esta se-
ñorita.

—¡Yo...! se atrevió á decir Ana.

—No negará V., repuso el jóven dirigién-
dose á Ana, que le ha causado honda pena
la muerte de su hermosa paloma. Yo advertí

ayer en el rostro de V., y aun en sus mismas palabras, señales evidentes del mas profundo dolor.

—No lo niego, replicó Ana sonriendo tímidamente: no supe disimular el disgusto que me produjo el...

—El crimen cometido por mí, añadió el jóven: así lo calificó V. ayer.

—Cierto; y confieso que anduve muy ligera en las palabras. V. será bastante amable para perdonar mi ligereza.

—Señorita..., dijo el jóven subyugado bajo el influjo de una mirada dulce y cándida con que Ana acompañó sus palabras, dichas con el acento mas puro de la sencillez y de la bondad: yo soy quien debe pedir una y mil veces perdon á V. por haberla hecho derramar lágrimas...

—¡Lágrimas! interrumpió la anciana. ¿Conque lloraste tambien...?

—Sí, señora, sí, replicó el jóven. Lloró al ver en mis manos á su querida paloma teñida en sangre.

—Lloré, sí, no lo niego, añadió Ana bajando la cabeza con un graciosísimo movi-

miento de vergüenza. Lloré, y ahora mismo, solo al recordarlo, se me quieren saltar las lágrimas tambien.

La abuela miró al jóven, y se sonrió con una sonrisa de satisfaccion que significaba: ¡Es un ángel! ¿Lo ve V.?

El jóven quiso corresponder á aquella sonrisa haciendo un elogio entusiasta de la delicadeza de alma que revelaban los sentimientos de Ana; pero no pudo articular ni una sola palabra. Tal era la emocion que sentia en presencia de aquella niña candorosa.

Se contentó con mostrar en una mirada profunda todas las impresiones de su corazon, que á la verdad hallaron una respuesta, muda como el sentimiento, pero elocuente como el amor, en el corazon inquieto y desazonado de la pobre Ana.

Pasó aquel instante de silencio, y el jóven exclamó de pronto:

—Pero permítanme Vds. que diga el objeto verdadero que aquí me trae. Con permiso de Vds...

Dijo, se levantó, y salió fuera de la habitacion, volviendo inmediatamente con una

preciosísima paloma blanca en la mano, que presentó á Ana diciendo :

—Señorita, bien sé que es imposible devolver al corazón los perdidos objetos de su cariño. Así, que no es fácil sustituir con otra paloma á la que mereció de V. tan singular predilección, que su muerte le ha hecho derramar lágrimas de dolor. Mas con todo, me permito ofrecer á V. esta otra, que mereció también ser amada con delirio por una hermana mía, jóven y bella como V. ¡Pobre hermana mía! Murió, y sus últimas miradas fueron para esta inocente ave, que contemplaba en silencio la dolorosa escena de una agonía lenta, como si participara de la aflicción que todos experimentábamos. Es muy singular el instinto de esta paloma, y comprendo el cariño que mi hermana la tenía. Cierto que se fundaba en otra razón... No sé si me atreva á decirlo.

—¿Por qué no? preguntaron á un tiempo Ana y su abuela, poseidas ambas de la misma curiosidad.

—Es una verdadera niñería, fácil de explicar si Vds. consideran que mi hermana era

una jóven piadosísima, tal vez de exaltados sentimientos religiosos. Fue educada en un convento, y nunca perdió las creencias y las prácticas que las buenas religiosas grabaron en su noble y dócil corazón. Pues bien: mi hermana decía que el Espíritu Santo era representado siempre por una paloma blanca; y como la pobre niña veía el raro instinto de esta paloma, blanca, como Vds. ven, sin una sola mancha en sus plumas, llegó á imaginarse no sé qué relacion mística entre esta paloma y el Espíritu que inspiraba á Santa Teresa de Jesus, de quien mi hermana era muy devota.

Ana miró á la paloma, ya no con curiosidad y afecto, sino con cierto respeto y hasta con cierto temor realmente supersticioso, aunque muy natural y justificable en aquella ocasion y en un ánimo tan sencillo y puro como el de Ana.

Conozco, como todo el mundo, la ligereza característica de las mujeres; confieso que á veces me disgusta esta ligereza, que las inclina á poner toda su atencion en un dije ó en un adorno casi con el mismo afan y en-

tusiasmo que en una imagen de la Virgen ó en una accion meritoria. Pero, en medio de esta ligereza propia de su sexo y de la índole de su inteligencia, hay en las mujeres un tesoro de sentimientos tan rico y fecundo, una inclinacion tan enérgica á amar lo sobrenatural; hay un fe tan profunda, que ella sola basta para que adivinen grandes verdades y hondos secretos, que el hombre alcanza solo á través de innumerables obstáculos y de penosas dificultades.

Dos mujeres de mundo, de esas que en Madrid suelen ir á misa de dos, pero despues de haberse leído la Epístola y el Gradual; de esas que llevan magníficos devocionarios encuadernados en nácar, marfil y oro; de esas que se confiesan una vez al año por no faltar al *cumple y miento* de parroquia, como dice un amigo mio, dos de esas mujeres, digo, hubieran oido la relacion del jóven cazador, á quien llamaremos por su nombre, Alberto, con una estrepitosa y burlesca carcajada, espresion de la lástima que les inspiraria la sencillez de aquella muchacha que tal afecto sentia hácia una pa-

loma, y tan simbólica significacion le daba.

Pero Ana y su abuela, la señora Antonia, eran demasiado sencillas para burlarse de esos misterios incomprensibles que suelen ocultarse en el fondo de las almas privilegiadas, que viven solo del amor de Dios. A fuer de buenas cristianas, creian en lo sobrenatural, y Dios, para ellas, no era un ser esclavo de las leyes de la naturaleza: era un Ser superior á esas leyes, autor de ellas, y por consiguiente bastante poderoso para alterarlas cuando le pareciese conveniente.

Despues de todo, confesemos que ninguna de las dos, ni Ana ni su abuela, creyeron que la paloma blanca presentada por Alberto era un ser sobrenatural, no; esto hubiera sido una supersticion censurable: creyeron sencillamente que aquella paloma merecia particular estima, cuando la hermana de Alberto hasta en el momento de morir le daba muestras de extraordinario cariño. Ni mas, ni menos.

Ana aceptó gustosa el regalo del jóven Alberto, y le prometió velar siempre por aquella bellísima paloma, mirándola como un

don que le hacia aquella hermana que gozaba de Dios.

Alberto, al despedirse, se ofreció cortesmente á la señora Antonia; dijo que vivia en la quinta del general conde de Villanueva, y pidió permiso para venir alguna vez á enterarse de la salud de aquella familia y del estado de la paloma.

La señora Antonia no escaseó tampoco, en los términos que su sencillez le inspiraba, los cumplidos de costumbre. Contestó á Alberto que aquella casa era muy suya, y que se veria honrada siempre que de ella dispusiese un jóven tan bondadoso y tan amable.

Ana no dijo nada. Sentia latir su corazon violentamente, y deseaba que concluyese cuanto antes aquella serie interminable de cumplidos.

Cuando Alberto se despidió al salir de la habitacion, Ana levantó la cabeza para contestarle, y sus ojos tropezaron con una mirada... No quiero decir qué mirada era aquella. Basta indicar que Ana no la olvidó jamás.

VI.

VIVIR ES MUDAR.

Era oportuno echar esta ojeada retrospectiva sobre los antecedentes de los principales personajes de la presente historia, después de haber dado cuenta en el primer capítulo del fallecimiento de la señora Antonia, la honrada y bondadosa abuela de Ana.

Parece que Dios había propuesto dejar aislada en el mundo á esta pobre criatura, tan tierna y tan necesitada de cariño, y templar su alma en el fuego del dolor para hacerla digna de alcanzar el premio reservado á los vencedores de sí mismos. En el momento en que todo le sonreía, en que la existencia comenzaba á ser para aquel inocente corazón un ameno valle tapizado de flores, y coloreado por los rayos de un sol

siempre brillante en un cielo siempre puro y sereno; cuando la amistad de Alberto, unida al cariño de la indulgente y bondadosa abuelita, habia llegado á formar en la vida de Ana una de esas dulces costumbres, sin las cuales parece que ya no seria posible vivir, porque son lazos que nos unen estrechamente á la tierra y nos hacen amarlo todo y verlo todo de color de rosa, como los primeros sueños de la juventud que se despierta. Entonces precisamente, en esos momentos de tranquila felicidad en que no se preven las sombras de lo porvenir, fue cuando Ana perdió á su abuelita, á la única persona que le quedaba de su familia, al único apoyo que tenia en el mundo.

El golpe era cruel. El panorama de una dicha sin límites en que se recreaban inocentemente los ojos de nuestra bella jóven, se habia desvanecido como el humo. Era un efecto de óptica que habia terminado con la rotura del cristal.

Si antes de este acontecimiento imprevisto le hubieran preguntado á Ana: ¿Qué piensas de lo porvenir? ¿A qué aspiras? ¿Te casa-

rás con Alberto? ¿Vivireis juntos con tu abuelita? Ana hubiera contestado probablemente abriendo los ojos en señal de sorpresa: ¡Qué sé yo!

En efecto: ¿qué sabía ella? ¡Lo porvenir! Lo porvenir es la aspiración de las almas agitadas, el sueño de los que vivimos siempre de paso, como las golondrinas, combatidos por el oleaje de las pasiones, y arrastrados por la corriente de este inquieto mundo que nos rodea.

Pero las almas tranquilas, encerradas, como la crisálida, en el capullo de sus primeras impresiones, satisfechas con una sonrisa de amor ó con una mirada de ternura, ¿para qué han de pensar en lo porvenir? Aman á Dios y aman á todos los que les demuestran alguna simpatía: ¿qué mas han de querer? Su existencia es una melodía interminable, cuyo tema es este: amor. Pero no ese amor que destroza las entrañas como el buitre de Prometeo, que abrasa y consume el corazón y seca la inteligencia, sino el amor purísimo que vive de sonrisas y miradas, que es todo luz y toda blancura, como

el rostro de los ángeles ; amor que combina con admirable concierto el respeto y la familiaridad, la alegría y la circunspeccion.

Por eso Ana , ni ambicionaba mas que el cariño de su abuelita y la tierna amistad de Alberto , ni pensaba en que algun dia forzosamente habria de cambiar aquella situacion, y plantearse, para ser resuelto en definitiva, el problema de la felicidad.

Este problema estaba ya resuelto para ella. ¡Vivir así siempre ! Tal era su solucion. Pero no lo era para Dios , que es Señor de la vida y de la muerte , ni para el mundo , que no reconoce mas soluciones que las que están dentro de la *legalidad existente* , como se dice en el lenguaje político.

Todo varió de aspecto al fallecimiento de la abuelita. Ana vió un nuevo mundo , lleno de sombras, que ni siquiera habia imaginado. Era tan feliz viviendo como hasta allí habia vivido ; estaban tan lejos de su prevision los contratiempos naturales que acaecen en la vida, y era tan inesperado para ella el momento en que debia precisamente de variar aquella dichosísima situacion , que

en los primeros instantes no alcanzó siquiera á definir su estado.

—¡Sola en el mundo! repetía una y otra vez dando rienda suelta á sus amargas lágrimas.

—¡Sola en el mundo! Y, en efecto, parecía realmente que todo la abandonaba en aquellos instantes, porque hasta Alberto faltaba de su lado. Hacia una semana que estaba en la capital, en cuyo tiempo aconteció la enfermedad y la muerte de la señora Antonia.

Un ser había, sin embargo, que no abandonaba jamás á la desconsolada huérfana. En el momento de su mas cruel aflicción, cuando Ana volvía sus ojos al cielo con las señales del mas profundo dolor, sintió sobre su hombro el ligero peso de un ave que se posaba suavemente y acompañaba con sus tristes arrullos los sollozos de su afligida señora. Era la paloma blanca, aquella misteriosa paloma que Alberto le había regalado como primera prenda de su naciente cariño.

El pobre pájaro, con sus incesantes arrullos, parecía decir á Ana: «No te aflijas: no estás sola en el mundo: yo velaré por tí como

tu ángel custodio: es un grave pecado desconfiar de la misericordia divina, que no abandona á los insectos, y da lo necesario á todo ser, por pequeño, por insignificante que parezca.»

Y Ana á su vez parecia entenderlo así, porque sentia consuelos dulcísimos y estraños; y cogiendo sobre sus rodillas á la hermosa paloma, la llenaba de besos y de caricias, diciéndole: «Tú serás mi inseparable compañera: tú no me abandonarás nunca.»

Tambien olvidó Ana, en la intensidad de su dolor, que otro ser á mas de la paloma estaba encargado de velar por ella. No recordaba que su abuelita, en sus últimos momentos, habia dirigido al P. Francisco estas palabras: «V. velará por ella: ¿no es cierto, padre mio?» Y que el sacerdote habia contestado: «Yo se lo prometo á V.»

El sacerdote cumplió lealmente su promesa. Apenas falleció la señora Antonia, el padre Francisco se llevó á su casa á Ana.

Vivia el cura con una cuñada cincuenta, gorda, fresca y colorada de cuerpo y de alma. Doña Cármen era una de esas perso-

nas que respiran bondad y dicha, aun en medio de los mas horribles cataclismos. Para ella no habia nubes en el cielo. Su corazon estaba lleno de ternura; pero el dolor no habia penetrado allí jamás. Se quedó viuda con un hijo á los pocos años de casarse. Lloró á su marido con verdadera pena, mas sin desconsuelo; y apenas hubo arreglado sus asuntos, cogió los principales trastos de su casa, se despidió de la Virgen del Pilar, y dando un adios á Zaragoza, donde vivia, corrió á unirse con su hermano, el cura de Alaballa.

Este la recibió con grandísimo contento, así como á su pequeño sobrino Martin, en quien deseó ver un digno sucesor para el desempeño de la parroquia.

El cura encomendó el cuidado de la casa á su buena hermana, y empezó á preparar á Martin para llevarlo luego al Seminario.

Martin, como es natural, no solo estudiaba, sino que ayudaba á su tio en el desempeño del cargo parroquial, haciendo las veces de sacristan mayor, en lo que su edad y su estado se lo permitian.

Pasaron los años, y el cura notaba en Martin un carácter tan taciturno, tan frio en las apariencias y tan tenaz, que le llegó á poner en cuidado por la vocacion eclesiástica que él queria despertar en el ánimo de su sobrino.

Pero como este no manifestaba ni repugnancia ni entusiasmo por la carrera á que se le destinaba; como aceptó sin hacer ninguna observacion la idea de ir al Seminario á estudiar el primer curso de teología, el padre Francisco pensó buenamente que la dureza del estudiante no quitaba para que en el fondo tuviera un corazon dócil y bondadoso.

El pobre cura se equivocaba de medio á medio; porque Martin, dicho sea sin calumniarle, era de la misma piel del diablo, como vamos á ver muy pronto.

VII.

DE VIAJE.

Habia pasado todo un invierno desde que Ana se instaló en casa del cura, donde hallaba todo el cuidado y todo el cariño que podía recibir de su propia familia.

Doña Cármen era una verdadera madre para la huérfana, y el P. Francisco el mas tierno y celoso de los padres.

Alberto iba con frecuencia á casa del cura, donde se le recibia con estremada afabilidad, como á un buen amigo, de ameno trato y de cualidades dignas del aprecio de toda persona bien nacida. Escusado es decir que en aquella casa no se notó que hubiera nada extraordinario en la amistad de tan distinguido jóven, que habia empezado por regalar una hermosa paloma á la bella huérfana, y

que seguía visitándola, después de la muerte de su abuelita, como un vecino que no tenía en el pueblo casa mejor que frecuentar.

Claro es que en el pueblo corría muy válida la noticia de que el madrileño amaba á la lugareña. Pero el cura y su hermana, á oídos de los cuales habían llegado ya estas voces, no las dieron importancia alguna, considerando que en los pueblos se forman los matrimonios supuestos al menor síntoma de amistad entre dos jóvenes de diferente sexo.

Después de todo, lo positivo es que Alberto nada había dicho á Ana que pudiera comprometerle para lo porvenir. Ambos se amaban; pero este afecto tierno y profundo, no había llegado del corazón á los labios.

El amor del silencio, mezcla de felicidad sin límites y de horrorosas inquietudes, unía á aquellos dos corazones puros en ese mundo ideal que la juventud crea para consolar-se de las tristes realidades de la vida.

Ellos sabían que se amaban, pero figurábanse que nadie lo sabía en el mundo mas que ellos. El encanto del misterio era para

ellos superior á la dicha de comunicarse el tesoro de esperanzas y de ilusiones que encerraba su corazón.

Alberto solia hacer algunas escursiones á Zaragoza, donde su padre sostenia un pleito de alguna importancia. El general, hombre descuidado para todo, aun para sus propios intereses, procuraba que su hijo fuese tomando poco á poco la direccion de los asuntos de su casa, «con lo cual, decia el viejo militar, habré logrado alcanzar la suprema ventura en este mundo, que consiste en no hacer nada, ni siquiera pensar, que es el mas cruel y molesto de todos los quehaceres.»

Comenzaba á brillar el alba de un hermoso dia del mes de junio, y la luz, disipando las sombras de la noche, se esparcia como una lluvia de plata por la ancha y fértil llanura donde está situada la Almunia de Doña Godina, á pocas leguas de Zaragoza, en la carretera de este punto á Madrid, cuando los sonoros cascabeles del tiro de la diligencia que hacia el viaje, en otro tiempo, desde Zaragoza á Calatayud, cesaban en su alegre música al imperioso grito del

mayoral: ¡Soo! ¡Coronela! grito acompañado de esas exclamaciones salvajes que forman el dialecto peculiar de mayorales y carreteros.

La diligencia habia parado enfrente de la posada donde aguardaba un nuevo tiro de mulas para continuar el viaje hácia la morisca ciudad que arrancó al dominio de los árabes el esforzado Rey Alfonso el Batallador.

La portezuela de la berlina se abrió, y un jóven de elegante porte, con el sobretodo forrado de seda puesto en el brazo izquierdo, tomó tierra, con gran contentamiento de las entumecidas piernas, y se dirigió hácia la posada, despues de dar órden al mayoral de que bajasen el maletin que venia en la *vaca*.

Al mismo tiempo, y por el lado contrario, descendia, á modo de gimnasta, del elevado cupé, ó imperial, otro jóven, de aspecto poco distinguido por su cara, por sus modales ni por su traje.

Su pelo castaño oscuro, cortado al rape, como un quinto; sus ojos pardos, sin expresion y sin franqueza, y hundidos entre negruzcas ojeras; sus pómulos salientes y se-

cos; su boca recogida hácia dentro, aunque estendiéndose en la direccion de las orejas; sus hombros levantados como si los empujasen las sepultadas costillas del pecho, hacian de este personaje una figura antipática y hasta repulsiva.

Dió tambien al mayoral las órdenes convenientes para que bajasen su cofre de madera, y entró en el portal de la posada, sacudiéndose el polvo que blanqueaba en la superficie de su americana, color de café sin leche.

Al entrar, tropezaron sus apagados ojos con la expansiva mirada del otro jóven, que esclamó con alegre familiaridad:

—¡Hola, futuro canónigo! ¿Tú por aquí?

—Eso digo yo, D. Alberto. ¿V. por aquí? Yo le daba á V. en Albabella, cazando conejos y palomas.

—Los condenados negocios de mi padre me han entretenido en Zaragoza mas de un mes. ¿Tú vienes á las vacaciones, eh?

—¡Claro! á disfrutar del poco tiempo que á uno le dejan libre los estudios. ¡Carape! ¡Si yo fuera rico como V...!

—Si tú fueras rico, ¿qué? ¿Colgarias los libros?

—Colgarlos, no digo; pero ¡carape! pasaría la vida mas alegremente que la paso.

—Sospéchome, apreciable Martín, que el Seminario no te prueba, ni la carrera eclesiástica te entusiasma.

Martín se encogió de hombros como quien se excusa de dar una contestación fácil de adivinar. En aquel momento un criado de Alberto se acercó á saludarle y á advertirle que el caballo estaba preparado para tomar el camino de Albabella. Preguntó Martín por la cabalgadura que debía esperarle á él también, y supo que el feo Serafin, el antiguo criado de la abuelita de Ana, estaba aparejando la mula del párroco de Albabella, y un borriquillo destinado á llevar el cofre del estudiante.

Los dos jóvenes viajeros, mientras sus respectivos criados acomodaban los equipajes, entraron en el poco limpio comedor de la posada, tomaron un chocolate detestable, encendieron los cigarrillos, y á la media hora ya estaban á caballo en dirección á Al-

babella. Los domésticos marcharon delante con el borriquillo y los equipajes, y Alberto y Martin, dejando al arbitrio de sus jamelgos el cuidado de llevar el paso que mas les acomodase, entablaron el diálogo siguiente:

—No sabia, dijo Alberto, que Serafin fuese criado de vuestra casa.

—Es verdad, repuso Martin, que se quedó al servicio del curador de los bienes de Ana: pero ahora, como mi tio el cura, segun me ha escrito estos dias, por satisfacer un capricho de la pobre huérfana, se ha ido á vivir á la casa de la señora Antonia (que en paz descanse), ha hecho que se quedara con ellos Serafin, que tiene ley á la muchacha, como la ha tenido á toda su familia.

—¡Ah! ¿con que vivís ahora en la casa de la señora Antonia? replicó Alberto con una espresion de regocijo en que Martin no reparó. ¡No te puedes figurar cuánto me alegro!

Mirole Martin con indiferencia, pareciéndole pueril alegría semejante. Y no lo era, sin embargo. A la imaginacion del enamorado Alberto acudieron en tropel los recuerdos

de sus primeras impresiones de ternura hacia la jóven que conoció en la huerta de aquella casita blanca, y que trató despues con motivo del sangriento incidente de la paloma.

El amor lo fantasea y embellece todo. El corazon no se satisface con amar á un solo objeto, sino que reparte el cariño entre todos los demas objetos animados ó inanimados que con aquel tienen relacion alguna.

Alberto amaba la casita blanca donde conoció á Ana, como habia amado tiernamente á la difunta abuelita, como amaba al P. Francisco, á doña Cármen y al mismo Martin, á pesar de sus pocos atractivos, por la sencilla razon de que eran objetos ó seres que rodeaban, como cortesanos de una Reina, á la que era para Alberto reina de la hermosura y de la virtud.

Anduvieron un buen rato sin dirigirse la palabra los dos jóvenes amigos. Alberto, saboreando anticipadamente la inefable dicha de volver á ver á Ana instalada en su antigua casita; y Martin, chupando un venenoso cigarrillo que le arrancaba los bronquios.

Martin rompió el silencio, despues de haber tomado una nueva postura en su acémila, como quien se prepara á decir algo grave, y durante largo tiempo madurado.

—D. Alberto, le voy á hacer á V. una pregunta que puede ser que le estrañe. Pero tal vez me la agradezca V. mas adelante.

—¿Una pregunta? Haz las que quieras: estoy dispuesto á contestar como un niño doctrino.

—¡Qué sé yo! dijo Martin rascándose la parte superior de la frente con maliciosa intencion. Vds. los que han nacido y vivido mucho tiempo en Madrid, no son tan francos como nosotros los pobres lugareños.

—Antójaseme, canónigo en ciernes, que las bellaquerías tienen su natural asiento fuera de la corte.

—Pues ahora lo vamos á ver. Contésteme, si no lo lleva V. á mal.

—Pregunta.

—Pregunto: ¿qué piensa V. de Ana?

Alberto sintió un ligero estremecimiento en todo su cuerpo, y se puso mas colorado que una amapola. ¡A los veintidos años,

cuando se ama con efusion, el hombre es todavía capaz de ponerse colorado!

Martin esperó algunos instantes contestacion á tan estraña como indeterminada pregunta. Mientras Alberto se reponia de su turbacion, aguijoneando instintivamente á su caballo, Martin añadió:

—Mire V. cómo los madrileños no son francos.

—Mira tú, replicó Alberto amostazado, cómo las bellaquerías tienen su natural asiento fuera de la corte.

—Ya veo que mi pregunta le ha incomodado á V. un poco.

—¡No sé por qué! dijo Alberto, dueño ya completamente de sí mismo. A una pregunta semejante, ¿qué contestacion se puede dar?

—Entonces quiere decir que yo no he sabido hacer la pregunta.

—Justo: por lo cual yo no sé cómo formular la respuesta. Imposible parece que hayas estudiado teología, y no sepas ni precisar los términos de una sencilla pregunta. Bien decia yo que el Seminario no te prueba.

—No: lo que es por este lado, yo le voy á demostrar á V. que no tiene razon.

—Demuestra.

—Demuestro: ¿no es verdad que Ana es muy hermosa? Hé aquí una pregunta precisa.

—Pues respondo: es verdad.

—Continúo: ¿no es verdad que su candidez y sus prendas la hacen digna hasta de un conde, pongo por caso?

—Es verdad; y yo no pongo por caso un conde, sino un príncipe. ¿Tienes mas que preguntar?

—Sí, señor.

—Me parece que vas á ir demasiado lejos con tus preguntas.

—Si V. se atreve á seguirme con sus respuestas, le aseguro que no se arrepentirá de la compañía.

—¿De veras, malicioso lugareño?

—De veras, señor madrileño desconfiado.

—Pues adelante.

—No: ahora no voy á preguntar; voy á esponer.

Martin se acomodó nuevamente en su cabalgadura, y Alberto, algo receloso y un si

es no es inquieto, se puso á escuchar atentamente, aunque volviendo la cabeza, como quien se hace el distraido.

—No voy á pronunciar un discurso, señor D. Alberto, y eso que, lo digo francamente, ¡carape! me entusiasma la oratoria, y sobre todo la parlamentaria, dicho sea con perdon de mi reaccionario tío, que la aborrece. Soy liberal, y amo la fraternidad humana.

Alberto volvió la cabeza, y mirando con cierta sorna al liberal seminarista, exclamó:

—Lo dicho: el Seminario no te prueba.

—No discutamos sobre ese punto, que yo he de tratar mas detenidamente con mi apreciable tío, el ex-fraile. Decia, pues, que amo la fraternidad humana, y que soy liberal, con lo que comprenderá V. sin dificultad dos cosas: primera, mi generosa disposicion para favorecer á V. en todo lo que pueda; segunda, mi odio á las antiguas preocupaciones, que levantaban una insuperable barrera entre los hijos del pueblo y la nobleza. ¿Comprende V. á dónde voy á parar?

—Creo comprenderte; pero si no te eslicas con mas claridad...

—¡Carape! V. quiere que se lo den todo mascado y hasta digerido. Con franqueza, Sr. D. Alberto; mi pobre madre es una santa mujer; mi tío es un santo varón, y aunque uno y otro han oído decir á la gente del pueblo que V. cortejaba á la muchacha consabida, no han hecho caso. Yo no soy santo ni ciego, y he visto y he comprendido, pecador de mí, que eso que dice el pueblo es verdad.

—Eso que dice el pueblo, replicó Alberto con alguna exaltación, es...

—Calma, mi querido D. Alberto; eso es verdad, y yo, ¡carape! ó poco he de poder, ó he de lograr que haga V. feliz á la pobre Ana, que es digna de un príncipe, como V. dice.

Habia en el tono con que Martín pronunció estas palabras un carácter tal de generosa energía, que Alberto no pudo menos de estirar el brazo y apretar con efusión la mano de su improvisado protector.

—Martín, perdona que te lo diga: nunca sospeché que tras la sequedad de ese rostro, tras la fría mirada de esos ojos, se ocultase

un noble corazón capaz de comprender sentimientos como los que en el mío batallan tiempo há. Pensé que nadie en la tierra había adivinado el secreto de este amor, que es el encanto de mi vida; y por guardarle más de la profana investigación del mundo, ni mis labios siquiera pronunciaron una palabra que revelase el secreto. Ana lo ignora: Ana debe ignorarlo hasta el momento en que yo pueda decirle: ¿quieres ser mi esposa?

Martin se mordió los labios; pero sin vacilar un punto, dijo:

—Se equivoca V., D. Alberto. El pueblo murmurador lo ha adivinado: yo lo sé: ¿cómo ha de ignorarlo Ana?

—¿Ana lo sabe? ¿Te lo ha dicho? ¿Cómo? ¿Cuándo...? Habla, por Dios, Martin; no dejes de decirme ni una sola palabra de las que haya pronunciado respecto de mí.

—El amor perturba el entendimiento. No sé si esto lo dirá algún teólogo, pero de fijo que lo diría, como yo, cualquiera que le viese á V. en este instante. ¡Qué falta de congruencia en el raciocinio! Ya le he demos-

trado á V. que Ana lo sabe, puesto que el pueblo y yo lo sabemos. Pero de esto á que ella me haya dicho á mí una palabra... ¡Sí! ¡Pues bonita es la niña!

—¡Bah! repuso Alberto: tú supones que ella lo ha adivinado tambien.

—Yo no supongo nada ¡carape! Yo aseguro, y deseo darle á V. una prueba de que no me equivoco.

—Veamos.

—¿El qué? preguntó el seminarista.

—La prueba.

—¡Ta, ta, ta! ¡Qué aprisa vive V., mi señor D. Alberto! Póngase V. bajo mi direccion, dijo Martin en tono semi-cómico é irguiéndose todo lo que le permitian sus abultados hombros; déjese V. proteger por mí, y le aseguro que pronto tendrá V. esa prueba.

—¡Tú quieres ser mi protector!

—Yo, yo mismo, ¡en nombre de la fraternidad humana! Me comprometo á vencer todas las dificultades, si alguna se presenta. Hasta arrancaré el consentimiento de su padre de V., si por ventura se opusiera.

—Eres travieso, Martin. ¡Parece imposible

que hayas adquirido tanta audacia en el Seminario!

—El Seminario tiene balcones y ventanas que dan á la calle, y ya han averiguado los mas distinguidos filósofos que no solo las puertas sirven para entrar y salir.

—¡Hola! escapatorias nocturnas...

—¡Pst...! Como V. quiera. Yo las llamaria viajes de un esclavo atrevido alrededor de la libertad mundana.

En este momento llegaban á la cumbre de la pequeña colina que dominaba el pueblo. A la izquierda del llano se veia la quinta de Alberto. A la derecha, y al extremo del pueblo, se notaba por su gallardo aspecto la casita blanca con tejas encarnadas.

Alberto fijó sus ojos allí, en la casita blanca, y detuvo su caballo un momento para mirar aquel nido de sus amores.

Sintió el éstasis de esa adoracion profana, pero ideal, que solo en una época de la vida se siente.

La voz de Martin interrumpió aquel breve arrobamiento de espíritu, con estas palabras:

—Sí; allí está,

Alberto volvió los ojos hácia Martin, que chupaba su cigarrillo venenoso, y clavaba en su compañero de viaje una mirada fria como la cumbre de un volcan nevado.

¡El volcan del odio hervia bajo la frialdad de aquella mirada!

Poco despues se separaron los dos jóvenes amigos. El criado de Alberto se echó al hombro el maletin de su amo, y Serafin, con el borriquillo que llevaba el baul del seminarista, se dirigió, seguido de este aprovechado joven, á casa del P. Francisco, donde doña Cármen tenia preparado un sólido almuerzo para su hijo.

VIII.

LOS DOS CAMINOS.

Hay corazones en que la luz del amor se convierte fácilmente en incendio de odio.

El mayor tormento de los condenados es conocer la gloria de Dios y la felicidad de los justos, y verse privados de una y otra. De aquí el horrible empeño de los ángeles malditos en hacer partícipes de su espantosa situación á los hombres redimidos por la sangre del Cordero.

Martin tenia algo semejante á este carácter satánico. Feo, no muy rico, y dedicado á una carrera que detestaba, llegó á ser el ángel malo de sus compañeros de Seminario. Abusó de la debilidad de algunos, halagó las malas tendencias de otros, y con hipócrita maña, burlando la vigilancia de los profesos-

res, solia gozar de alegres francachelas con sus compañeros de travesuras, que mutuamente se auxiliaban para pasar fuera del Seminario algunas horas de la noche.

Al fin logró descubrirse algo de este constante contrabando, y el Rector del Seminario, conociendo que la causa de todo el mal era Martin, no se determinó á espulsarlo ignominiosamente por consideracion al buen cura de Albabella; pero le escribió con reserva á fin de que tomase las medidas necesarias para corregir á su sobrino. «Me parece, sin embargo, decia en una de las cartas el Rector al P. Francisco, que logrará V. sacar poco fruto de ese muchacho. De todas maneras, creo firmemente que no sirve para el sacerdocio. Sus ideas religiosas no son firmes, y sus costumbres demasiado ligeras. No veo en él ningun síntoma de verdadera vocacion.»

Grande fue la pena que tales noticias causaron en el corazon del pobre cura de Albabella, y resolvió tener cerca de sí á su sobrino por espacio de un año entero, á ver si lograba reducir su condicion.

Doña Cármen sintió también que su hijo emprendiese el mal camino del libertinaje; pero madre al fin, creyó que, con privarle del sacerdocio y buscarle novia, estaba todo arreglado.

Martin había conocido y tratado á Ana el tiempo suficiente para amarla con delirio y aborrecerla con desesperacion.

Durante las vacaciones del verano anterior, Martin había llegado á comprender que entre él y Ana la conciliacion era imposible.

La huérfana era un alma que vagaba por el mundo en busca de algo desconocido, mas grande que el pensamiento humano, mas profundo que el amor que pasa con el tiempo.

Martin era un alma sin fe, aplastada por el desprecio con que el mundo mira las figuras repugnantes, y ávida de embriagarse con el denso y pestífero vapor de los placeres.

La vida del espíritu era el ideal de Ana; ideal vagamente delineado todavía por los sueños del casto amor primero.

La vida de la carne era el ideal de Martin, que quería vengarse del mundo gozando con frenesí de sus infames delicias.

Por eso no podían entenderse aquellos dos corazones, en uno de los cuales comenzaba á brillar la luz que ilumina, mientras en el otro ya ardía el fuego que devora.

Así, pues, lo que al principio fue en Martín amor delirante, se convirtió luego en odio inestinguible.

Odiaba á Ana, odiaba á Alberto, y odiaba á aquella blanca paloma, que parecía ser el misterioso y simbólico lazo de unión entre Alberto y Ana.

¡Qué diera él por echar unas gotas de hiel en la felicidad que ambos se prometían! ¡Qué diera por hacer pedazos la cadena de oro que unía á dos corazones enamorados! Su aborrecimiento llegaba en ciertos instantes á tal punto, que más de una vez tuvo en las manos la escopeta para matar á la inseparable compañera de Ana: á la hermosa paloma blanca.

—El día en que yo tenga en mis manos la felicidad de entrambos, pensaba Martín muchas veces en sus momentos de solitaria desesperación, aquel día ¿quién me impedirá hacer pedazos ese ilusorio cristal de sus

amores, en que ven reproducida para lo porvenir la dicha de que ambos gozan al presente en el fondo de su corazón? Si yo logro arrebatárles su confianza, ¿no pondrá luego el demonio, ese estúpido ser que protege á tantos bribones de menos mérito que yo, la ocasión ó los medios para vengarme de esta fealdad, que causa repugnancia á las mujeres, y lástima á los hombres? Después de todo, al diablo le interesa tanto ó mas que á mí envenenar esas existencias capaces de dar gracias al cielo porque las hace felices. Y como le interesa, no dejará ciertamente de ayudarme. Pues si no, sería mas animal que yo mismo, y esto no es creíble. Me haré protector de esos buenos muchachos, por de pronto. Suavizaré mi aspereza natural para que Ana, esa paloma sin hiel, no se espante de mí, y poco á poco llegará á cobrarme siquiera el afecto de la gratitud. Porque es hermosa se figura que tiene derecho á la mano de un futuro conde, y á despreciarme á mí... ¡Como si yo no tuviera alma, ni inteligencia, ni corazón...! ¡Oh! ella será mas desdichada que él. En los hombres el amor es una página

de su historia: en las mujeres es su historia entera. ¡Alberto encontrará pronto consuelo en otras mujeres mas ricas, y quizás mas hermosas...! Ella morirá de desesperacion, porque su vida está en Alberto... ¡Vaya si lo está! No hay mas que ver cómo mimaba á esa condenada paloma blanca, suave y cariñosa para todos, menos para mí.

No parece sino que el buen madrileño le dió un talisman con esa paloma.

Sí, no hay duda; ella será mas desdichada, será tanto como yo... Entonces yo seré feliz viendo correr sus lágrimas de amargura y desesperacion. Llorará... ¡Ay, quién pudiera llorar! Pero al fin se agotarán sus lágrimas y quedará seca su alma, como la mia.

Así pensaba Martin con frecuencia, y en tales pensamientos se hallaba embebido pocos dias despues de haber llegado de Zaragoza, cuando vió venir á Ana por un sendero de la huerta en que él estaba paseando con un libro en la mano, poco antes del medio dia, hora santa en que todo el mundo reza tres Ave-Marías en Albabella. alrededor de la mesa donde la sopa humea.

Era quizás la primera vez que se veían á solas ambos jóvenes desde la llegada de Martin. Ana, por un movimiento instintivo, quiso retroceder no bien notó la presencia de Martin. Pero este ponía el libro debajo del brazo, y se dirigía con paso respetuoso y con un gesto casi amable al encuentro de Ana.

—¿Vienes á llamarme para comer? le preguntó.

—No: todavía no han dado las doce. Buscaba una cosa que se me ha perdido esta mañana mientras he estado cosiendo aquí á la sombra.

—¿Es esto lo que se te ha perdido? contestó Martin sacando un alfiletero del bolsillo.

—Justo, mi alfiletero.

Y alargó la mano para cogerlo. Martin retiró la suya á cierta distancia, y dijo sonriendo... como él era capaz de sonreír:

—Yo creí que los alfileteros servían solo para guardar alfileres. Pero una indiscreción, de que me arrepiento, me ha probado que sirven también para guardar recuerdos.

El carmin de la vergüenza cubrió las mejillas de Ana, que balbuceó temblando:

—No... no te entiendo.

—¡Ah! dijo con acento que parecia conmovido el ex-seminarista: debiera yo ser para tí un hermano, y tú me miras casi como á enemigo. ¿Ves? añadió abriendo el alfiletero y sacando las hojas mústias de un pensamiento. Anteayer, cuando nos encontramos con Alberto en el camino de la ermita de Santa Ana, y se unió á nosotros, vi en el ojal de su levita esta flor. Mi madre y mi tio no vieron nada. Hoy, al abrir casualmente este alfiletero, he visto que aquella flor habia cambiado de domicilio.

Ana, confusa, aturdida, como si estuviera oyendo su sentencia de muerte, no se atrevia á levantar los ojos del suelo. Ni sabia lo que le pasaba, ni se daba cuenta del motivo de aquella extraordinaria confusion de su ánimo. ¡Era la primera vez que el profundo secreto de su alma comenzaba á formularse en el lenguaje humano!

—Si tú, continuó Martin, me juzgases digno de tu confianza, escusaria tener que adivinar... Aunque, por otra parte, no falta quien, apreciando merecidamente la lealtad

de este pobre seminarista, no teme hacerle depositario de sus secretos. ¡Vamos! ¿A que has notado que Alberto y yo somos muy amigos? ¿A que has notado que me da muestras de cariño y de confianza?

—Yo..., mira, Martin, no sé lo que me quieres decir, repuso Ana en el colmo de su confusion, y casi llorando; ni sé tampoco dónde estoy y lo que me pasa.

—¡Lo que te pasa! Yo lo sé, yo lo sé, lo mismo que si estuviera dentro de tu corazon. Te pasa que amas á Alberto como te ama él á tí. Te pasa que sueñas un mundo de delicias, un mundo distinto del que te ha rodeado desde que naciste. ¿Quieres, añadió el seminarista con cierta exaltacion que parecia impropia de su carácter; quieres que te diga brevemente lo que te pasa? Pues óyeme. Mas allá de esas montañas que se levantan en el horizonte, hay una ciudad maravillosa, donde el placer tiene templos mas suntuosos que los tiene el mismo Dios en estas comarcas: una ciudad que parece construida por las manos del fausto y la grandeza. Allí se oye perpetuamente el canto de la felicidad,

entonado por miles de voces, frescas siempre y siempre alegres, como si quisieran demostrar al mundo que ni la eternidad es privilegio de los espíritus, ni la alegría necesita forzosamente de la sombra de la tristeza, según pretenden algunos filósofos desengañados. Luces que desafían á la del sol brillan en las calles y en los teatros por la noche, haciendo que el día se eternice como la felicidad, el placer y la juventud de aquellas existencias privilegiadas. Carruajes en cuyo interior cruge la rica seda, y los pies se hunden entre las finísimas hebras de las pieles arrancadas á los tigres del desierto, cruzan bajo los inmensos árboles de paseos que no tienen fin, y á cuyos bordes asoman sus elegantes fachadas palacios magníficos, rodeados de jardines tan bellos, que no pudieron imaginarlos mas los poetas orientales. Aquel mundo de sublime felicidad será tuyo algún día. Alberto, que ostentará en sus carruajes una corona condal y sabrá lucir las riquezas de su padre, te envolverá entre gasas y perfumes, y al atravesar contigo por entre la dichosa multitud de aquella ciudad incom-

parable, irá diciendo con el orgullo de esposo enamorado: «Ved á la nueva condesa que viene aquí á oscurecer la hermosura de todas sus rivales...» ¿No es esto lo que te pasa?

Calló Martin, y Ana, como presa de un vértigo, tuvo que apoyarse en el tronco del árbol mas inmediato para no caer al suelo desfallecida. La tentacion llamaba á las puertas de su alma. La vaguedad de sus pasados sueños de ventura acababa de tomar forma real y positiva ante sus ojos. Veia un mundo que el pincel de Mefistófeles habia dibujado con la perfeccion suficiente para seducir la candidez de un corazon sencillo y enamorado. La felicidad acababa de aparecer á sus ojos, no como un fantasma impalpable, no como una creacion fantástica, sino como una realidad material tan fácil de conseguir, que con solo llamarse *esposa de Alberto*, aquel mundo pintado por Martin seria suyo.

No sé lo que hubiera contestado Ana si se hubiese dejado arrebatarse por aquella corriente de orgullo y vanidad que en su desprevenido corazon acababa de establecer la satá-

nica voz del tentador. Lo que sé es que Martin notaba bien el efecto que habian producido sus palabras, y que ya se tenia por dueño de aquella alma vírgen, cuando un ruido extraño vino á distraer un momento la atencion de ambos jóvenes.

Las ramas del árbol en que Ana estaba apoyada se agitaron como movidas por una ráfaga de viento.

Algo parecido al aleteo de un ángel vino á cortar la conversacion de los dos jóvenes interlocutores, que antes de dirigir la mirada hácia el árbol, ya tuvieron ante sus ojos al culpable de aquella breve interrupcion.

Era la paloma blanca, que venia á posarse en el hombro derecho de su gentil señora.

Martin hizo un gesto de disgusto, y levantó la mano para dar un golpe al inocente animal. Pero al mismo tiempo, Ana inclinaba la cabeza hácia su fiel compañera, y se la comia á besos.

Todo esto fue tan rápido, que la conversacion pudo continuar sin que pareciera que habia sido interrumpida. Bastó, sin embargo, esta pequeña distraccion para que Ana,

mas tranquila, respondiese á Martin en semejantes términos:

—No sé si lo que yo siento hácia Alberto es amor ó amistad. Tú sabes del mundo mas que yo, que no he salido jamás del espacio que comprenden las próximas montañas. Pero sé que eso que acabas de decirme, si es cierto que me ha desvanecido un momento, no logrará nunca grabarse en mi corazón. ¿Qué me importan los títulos y las riquezas de Alberto? ¿Qué me importan el brillo y los placeres de ese mundo donde no hay penas para el alma ni noches para los ojos? Por mucho que yo luzca allá, aun habrá siempre quien luzca mas que yo. Por mucho que yo goce, ¿no he de sentir alguna vez la espina del dolor? ¿Cuántas veces tu buen tío nos ha dicho que la felicidad del mundo pasa como una sombra! ¿Cuántas veces nos ha señalado los abismos que se ocultan bajo esas gasas y perfumes de la opulencia, y las amarguras que se devoran á cambio de algunas horas de placer! Hay otra felicidad mas grande que esa: ¿sabes cuál es? Vivir como los pájaros en esa alameda que se estiende á las orillas

del río; vivir libre y vivir en un amor eterno que no concluya con la muerte, un amor mas profundo que el que me inspira el recuerdo de mi madre, anterior, como él, á todos los amores, mas constante que él y mas dispuesto todavía al sacrificio. ¡Ser esposa de Alberto...! Créeme: no lo habia pensado nunca. Llamarme condesa, no me en-vanece; me asusta. Pero si esto llegara á suceder, yo quisiera olvidarlo, y que lo olvidase Alberto... Me parece que le he conocido desde que yo me conozco; que hemos amado siempre los mismos objetos; que hemos tenido los mismos pensamientos. Me parece que yo soy para él, como él es para mí, algo sin lo cual no puede vivir: que su existencia y la mia son una misma. ¿Qué sé yo lo que me parece? ¿El te ha dicho que me ama? Pues entonces yo tambien le amo, porque él siente, él debe sentir como yo. Amor ó amistad: da el nombre que quieras á este sentimiento. Lo que te aseguro es que mi alma ve en el alma de Alberto su propia imágen. ¿Es ilusion? Pues dure toda la vida. ¿Es realidad? Pues me basta para ser feliz.

El sabrá leer en mi alma y llenar en ella un vacío que parece que no se llena nunca.

Martin creyó que Ana no tenia el juicio cabal. Mirábala con sorpresa, y como quien no entiende lo que oye. Al fin, se resolvió á preguntarle:

—Pero, vamos á ver: si él no se casara contigo, ¿tú qué harías?

—Amarle como siempre, contestó Ana sencillamente.

—Pero si él amase á otra...

Martin no pudo proseguir. Ana, súbitamente demudada, estrechó contra su corazón á la paloma que tenia en sus manos, y volvió la espalda exclamando:

—¡Imposible, imposible!

IX.

UN PADRE Y UNA MADRE.

Doña Cármen habia llamado la atencion de su hermano el cura sobre la intimidad con que empezaban á tratarse Martin y Ana. Le habia recordado las advertencias del Rector del Seminario sobre la ninguna vocacion de Martin hácia el sacerdocio, y, por último, llegó á persuadirle de la conveniencia de que los dos jóvenes, que á los ojos del cura y de doña Cármen eran verdaderos hermanos, se convirtiesen en verdaderos cónyuges.

Para Martin, Ana era un excelente partido; consideracion que pesaba mucho en el ánimo de doña Cármen: ¡era madre! Para Ana, Martin no debia ser despreciable, porque, aparte de que no hay hombre feo—opinion de doña Cármen—los bienes de esta, mas los

ahorros del cura, compondrian una pequeña fortuna, suficiente á satisfacer las aspiraciones de una muchacha que, despues de todo, se habia criado en un pueblo, aunque con cierto mimo.

Pareciole muy bien el proyecto al cura, que solo opuso una objecion; á saber: ¿consentirian los muchachos en el arreglo que familiarmente hacian doña Cármen y su hermano?

Doña Cármen se encargó de hablar á su hijo con toda claridad, y el P. Francisco se comprometió á explorar el ánimo de la huérfana despues de conocer las intenciones de Martin.

Pasaron algunos dias sin que doña Cármen dijera ni una palabra á su hermano acerca de sus conferencias con el ex-semi-narista liberal y un si es no es libertino.

—¿Qué hay? se atrevió á preguntarle al fin el cura á su hermana un dia que la vió bastante sofocada é inquieta.

—¿Qué ha de haber? contestó doña Cármen. Que la niña está verdaderamente enamorada de Alberto, y Alberto de ella. ¡No

queríamos creer en las habladurías del pueblo! Verás como esto nos da muchos disgustos.

—Es grave, en efecto, el caso, replicó el cura. Pero si ellos se empeñan, y el general consiente, la verdad es que nosotros no tenemos derecho á oponernos á la felicidad de Ana.

—¡Claro está! Pero si el general no consiente, como me lo sospecho, tú verás la que tenemos. Y si luego da en suponer que nosotros hemos arreglado este enjuague por el bien de la chica... ¡Dios nos la depare buena!

—Mujer: es la primera vez que te veo apurada en toda la vida. Ni el general supondrá semejante cosa, porque nos conoce bien, ni tiene motivos racionales que oponer á un enlace ventajoso para los dos jóvenes. Si él es rico, ella no es pobre, y sobre todo tiene una riqueza de alma que no se compra con todo el dinero del mundo.

—Sí, echa cuentas galanas, repuso doña Carmen, á quien no le faltaban datos para creer en la oposicion y en las suposiciones

aventuradas del general. Tú no sabes lo que es la ambicion de un padre. Todo es poco para los hijos, y por los hijos se hacen cosas... añadió doña Cármen con una precipitacion muy estraña en su carácter. Pero se interrumpió de pronto, y terminó diciendo: Vamos, yo me entiendo, y sé bien lo que me digo.

Abriose en esto la puerta de la sala en que se hallaban los dos hermanos, y dió paso á un caballero que frisaba en los cincuenta y seis años, y vestia una levita de alpaca negra, pantalon y chaleco blancos, y sombrero de fieltro color de lila. Usaba bigote y perilla mas parecidos en el color al pantalon que á la levita. Su aspecto era vulgar: ni su mirada era inteligente, ni su porte marcial, ni sus maneras aristocráticas. Algo habia, sin embargo, detras de aquella figura que traia á la mente la idea del cuartel.

Al verle entrar, se levantaron cortesmente el cura y su hermana: aquel tranquilo y hasta risueño; esta con no poco aturdimiento y confusion.

—Visita inesperada, ¿no es cierto? dijo el

nuevo personaje , quitándose el sombrero y enjugándose el sudor que corría por su frente.

—Pero agradable, mi general, respondió el cura ofreciéndole un sillón de vaqueta. Aunque nos favorece poco con su presencia, V. siempre es recibido en esta casa como dueño de ella.

—Gracias, padre cura, dijo sentándose el general conde de Villanueva, pues no era otro el personaje en cuestión. Me mata este calor, y sobre todo cuando, además del calor, tengo algún asunto de qué tratar. Prefiero tomar una batería, sin pensar en ello, que verme en la precisión de arreglar negocios de familia.

Doña Carmen y el cura cambiaron una mirada de inteligencia. Doña Carmen quería decir: «¿Lo ves?» y el cura: «¿Y qué?»

—¡Hola! ¿Luego se trata de algún negocio de familia? dijo el cura. Supongo que no será nada que pueda alterar la apacible calma en que pasa V. su vida.

—Pues no supone V. bien , amigo mio...; porque vamos á hablar como amigos, ¿eh?

—¿Como amigos? No: como hermanos en Dios, replicó el sacerdote con dignidad y dulzura.

—Me parece bien. Pues la calma, que es el ideal de mi vida, se ha quebrantado lastimosamente, y creo que V. debe saber por qué.

—¡Yo *debo* saber...! Quizá; mas espero las esplicaciones de V. para contestarle de una manera cierta y segura.

—Hablemos francamente, señor cura, porque no me gusta pasar el tiempo en negocios. Sé que Alberto ha perdido la cabeza por esa muchacha que V. tiene en casa, y que ella... no; ¡lo que es ella no la ha perdido al poner los ojos en mi hijo...! ¡Diablo! Se conoce que la chica sabe dónde le aprieta el zapato!

—Convengamos, señor general, en que su hijo no deja tampoco de saber lo que le tiene cuenta. Ana es una jóven digna de ser estimada por toda persona de buen gusto.

—No diré que no; pero V. es razonable, y comprenderá que entre ella y mi hijo hay una distancia inmensa.

—¡Inmensa! La inmensidad existe entre el

hombre y Dios, señor conde: entre un hombre y una mujer, si ambos son buenos, hay muy poca distancia.

—¡Si V. la toma por ahí...! Mire V.: yo me he batido por la libertad, y á la libertad debo mis grados y mis honores. Por consiguiente, á mí no me asusta nada en el mundo. Pero las teorías son una cosa, y la vida es otra.

—Sí: á V. le asusta la distancia que hay entre la hija de un labrador honrado y relativamente rico, y el hijo de un general, de un conde opulento, y que se ha batido por la libertad.

—Si V. estuviera en mi caso, haria V. lo mismo. Pero V. tiene interes por esa jóven, y piensa de distinta manera que yo. Se comprende.

—Yo no puedo estar en el caso de V., dijo el P. Francisco con cierta intencion y socarronería; porque, gracias á Dios, no me he batido en favor de la libertad. Tengo, es cierto, interes por esa niña que una santa mujer, desde el lecho de muerte, confió á mi cuidado. Pero semejante interes no me ciega, y á V. puede cegarle el suyo.

—Es decir, que á V. le parece muy natural, repuso el conde amostazado, que yo case á mi hijo con una labriega, cuando puede tener queridas que valgan mas que ella.

—Señor general, dijo levantándose el sacerdote; una pobre honrada vale mas que una Reina prostituida. Cualquiera diria que la libertad, defendida por V., tiene humos aristocráticos, desconocidos entre nosotros, á quien se acusa de defender todos los privilegios y todas las tiranías.

Quedose parado un instante el general, embarazado por la entereza con que el P. Francisco acababa de espresarse, y por la dificultad de contestarle.

Doña Cármen, que hasta aquel punto habia oido las réplicas de su hermano con asombro, pero en silencio, se atrevió á romperlo dirigiéndose al cura en estos términos:

—Me parece que no entiendes al señor, y que para entenderlo necesitas ponerte en su lugar. ¡Ya se ve! Como vosotros estais acostumbrados á dar consejos friamente, se os figura que es tan fácil seguirlos como darlos. Lo que el señor dice, y tiene razon, es que

el matrimonio de D. Alberto con Ana no sería un matrimonio arreglado, quiero decir, un matrimonio entre iguales, y ya sabes tú lo que pasa en estas cosas. Mañana D. Alberto, pongo por caso, ve que su mujer no tiene aquella educacion, aquella finura que se requiere siempre en la alta sociedad donde la muchacha tendria que entrar. Y vamos: ¿te parece á tí que sería muy divertido para un jóven como D. Alberto ver que su mujer hacia mal papel en la sociedad? Y mil cosas como esta, que á cualquiera se le ocurren menos á vosotros, que no entendeis una palabra de mundo.

El sacerdote escuchó atentamente el discurso de doña Cármen; y, una vez que esta hubo concluido, se volvió hácia el general y le dijo:

—Ya ve V. que no le faltan defensores en esta casa. Tambien mi buena hermana cree que sería un matrimonio desigual y peligroso. Si esto se escribiera, juzgarian muchos inverosímil que un cura se hiciese protector de dos enamorados contra la terquedad de dos padres. ¡Así anda el mundo! De tal mo-

do ha sustituido el egoismo al espíritu cristiano, que aun entre las mejores familias se nota esta guerra cruel entre ciertas pasiones vituperables y los sentimientos mas nobles del corazon. Porque ha de saber V., señor general, que mi hermana tiene tambien sus proyectos, los cuales se los llevaria el aire si se cumpliesen los deseos de Alberto y de Ana. De modo que no es oro todo lo que reluce, y que, aunque yo no entiendo de mundo, veo que el egoismo hace en esta ocasion un papel mas importante que la ventura de dos jóvenes que se quieren. ¿Y todo por qué, mi general? Porque V., á semejanza de otros muchos padres, no se ha cuidado absolutamente nada de dirigir el corazon de su hijo y de inspirarle bastante confianza, que no es incompatible con el filial respeto, para que le hiciese partícipe de sus primeras impresiones en el camino de la vida, difícil y peligroso de recorrer sin un guia seguro é interesado. Y ahora llega el momento en que V. conoce los afectos de su hijo, y á V. no le agradan, y quiere valerse de medios violentos para sofocarlos, sin considerar que los

incendios se apagan fácilmente cuando comienzan, pero muy difícilmente cuando se han propagado con gran intensidad. Ahora bien: ¿quién tiene la culpa de lo que sucede? ¿Los jóvenes, que se han dejado llevar de un sentimiento nacido al calor del trato constante, por V. y por nosotros consentido, ó V., general; V., que ha olvidado completamente los deberes de padre; V., que no se asustaría de saber que su hijo tenía mancebas, y se asusta, y se espanta, y se estremece todo al tener noticia de que su hijo desea casarse con una joven honrada, bella y de una posición regular? Digo que el mundo está perdido; digo que la familia se disuelve, porque con tanto progreso y tanta libertad, no hemos logrado que los padres y los hijos sean cristianos, y por consiguiente libres según la libertad del Evangelio, aquella libertad, señor conde, que consiste en no ser esclavo de sí mismo.—

Débilmente confesar ingenuamente que este sermón empalagó al general Villanueva, y le apuró la paciencia, con tanto más motivo, cuanto que le parecían años los momentos

que habia pasado tratando de este asunto sin resolverlo.

En su vida empleó tanto tiempo en sus negocios particulares. Así que, harto de discutir y harto de máximas cristianas, que no cabian en su infeliz mollera de liberal-conservador, sudando como si hubiera hecho una jornada de siete leguas á pie bajo un sol canicular, se levantó con ese aire brusco que se adquiere en los cuarteles, y es propio de los que están acostumbrados á mandar sin apelacion.

—Señor cura, dijo: V. tendrá toda la razon que quiera; será muy cristiano y muy reaccionario que mi hijo se case con la protegida de V., para que luego, en señal de gratitud, le ayuden á V. con mi dinero á restaurar alguna parroquia, á fundar algun convento ó á crear alguna prebenda particular de que V. disfrute durante toda su vida; pero yo he dicho que mi hijo no se casará con esa rapazuela, y ¡voto á mil bombas! no se casará aunque se empeñen todos los clérigos habidos y por haber.

Y, diciendo esto, dió el general algunos

pasos hácia la puerta; pero la puerta se abrió como movida por un resorte, y apareció en el umbral Alberto, pálido, con el sombrero en la mano, los ojos bajos y con todas las señales del dolor y de la duda.

—Hijo ingrato, exclamó el general: ¿qué vienes á hacer aquí?

—Padre, contestó Alberto levantando los ojos y en actitud resuelta despues de un instante de vacilacion; vengo á decir á V. que estoy decidido á casarme con Ana, y que todas las dificultades del mundo no serán poderosas á impedir que logre este propósito.

Irritado el general al oír tal respuesta, levantó la mano en ademan de herir la mejilla de su hijo. Pero el cura se interpuso, y recibió en su rostro la bofetada.

—¡Padre! gritó Alberto enfurecido.

El cura, sonriendo, como si nada hubiera pasado, se volvió hácia Alberto, y le dijo:

—Usted no se casará con Ana sin haber antes obtenido el permiso de su padre.

.....
Dos horas despues el general dormía la siesta en su palacio, y Alberto, encerrado en

su cuarto y loco de rabia, se entregaba á los pensamientos mas desatinados, y concebía los proyectos mas absurdos.

Entre tanto, Ana oía de labios del cura todo lo que habia sucedido, y Martin y su madre conversaban sobre el mismo asunto. Doña Cármen, aunque disgustada por la escena que habia presenciado, estaba satisfecha de los efectos. Martin, aparentando una indiferencia completa, sentía un regocijo satánico, que no era capaz de comprender ninguno de los personajes que intervienen en esta accion.

X.

EL DIABLO ES HOMBRE DE BIEN.

Desde el punto mismo en que doña Cármen trató de investigar los sentimientos de su hijo respecto de Ana, Martin, que no quería, ni mucho menos, secundar los propósitos de su madre, primero porque los juzgaba irrealizables, y luego porque él, entregado al vicio, solo era ya capaz de comprender la pasión de la carne, no el amor puro del es-

píritu, resolvió hacer que su propia madre le sirviese de instrumento para labrar la desgracia de los dos jóvenes enamorados cuya futura dicha no podía sufrir con paciencia, ni aun en pensamiento, aquella alma seca, envidiosa y, digámoslo así, estenuada por el odio y por el vicio.

Para lograr sus fines aparentó someterse á la voluntad de doña Cármen. Díjole que él estaba dispuesto á casarse, porque no tenia vocacion para el sacerdocio; pero que habia un inconveniente grave: el amor de Alberto. A fin de vencer este inconveniente, Martin propuso á su madre que fuese ella misma á ver al general, y le dijese lo que habia entre Alberto y Ana, insinuándole de paso que el natural interes del P. Francisco por la jóven le hacia mirar este matrimonio como muy ventajoso. Hízolo así doña Cármen, llevada ciegamente del amor maternal, sin que Alberto ni nadie se enterase. Cómo recibió la noticia el general, ya se lo han podido sospechar mis lectores, despues de ver lo que pasó luego en la entrevista de que he dado cuenta en el capítulo anterior.

Conseguido el propósito de Martín de encender la guerra en el seno de dos familias y arrojar la simiente de la desventura en dos corazones enamorados, poco trabajo le costó fingirse protector de sus propias víctimas, y sujetarlas con los lazos de la gratitud para, en un momento dado, abrir entre ellas el abismo de un infortunio eterno.

Entendióse secretamente con Alberto para proporcionarle ocasiones de comunicarse con Ana, ya de palabra, ya por escrito. Flores, recuerdos, esperanzas, y algún que otro billete de amor pasaron de Alberto á Ana por conducto del aprovechado seminarista, que con tal medio llegó á ser el ídolo de entrambos amantes, á quienes se había prohibido, como es de suponer, toda comunicacion y todo trato.

El cura dejó completamente á la voluntad de Dios el arreglo de este negocio. Conocía la esquisita sensibilidad de Ana, y á fin de encaminarla derechamente, empezó á tener largas y frecuentes conferencias con ella, iniciándola de una manera agradable y casi imperceptible en los secretos de la mística.

Dióle á leer algunos libros selectos, y principalmente la incomparable *Imitacion de Cristo*, cuyas páginas parecen escritas por la mano del consuelo, guiada por el ángel del amor.

Dócil de corazon la huérfana, y segura, por otra parte, del cariño de Alberto, pronto dió al olvido los pasados disgustos, y esperó tranquila en el porvenir.

Precisamente jamás se habia visto ella tan rodeada como ahora de todos los cuidados de la solicitud y del afecto. El P. Francisco la halagaba para elevar su corazon sobre las cosas de la tierra; doña Cármen mostrábale especial interes para ver si con el tiempo la reducía á ser su nuera; Martin se desvivía por darle cuenta de Alberto, y Alberto la amaba cada dia mas. ¿No eran estos motivos suficientes para creerse completamente feliz, aun en medio de los contratiempos que habian sobrevenido?

Y hé aquí una consideracion que Martin se habia hecho, y que le abrasaba las entrañas. «¡Cómo! se decia: ¿yo he trabajado para verlos infelices, y los veo casi mas dichosos

que antes? ¡Oh! esto no puede ser. Las armas que he empleado parece que se vuelven contra mí, y solo falta que á ese bárbaro de general le dé un dia la ocurrencia de consentir en el matrimonio de su hijo, ó bien, lo que es mas fácil, le dé la ocurrencia de morirse, y entonces me he lucido.»

El seminarista se mordía las uñas de rabia al hacerse semejante consideracion. El odio que le devoraba, y que de dia en dia le iba consumiendo como un cáncer, le aturdió á veces el entendimiento, sin darle espacio á meditar detenidamente los planes que se proponia llevar á término.

Cierta mañana, atormentado por estas ideas, pero un tanto mas sereno que de costumbre, como si la frescura del ambiente matinal despejase su cabeza, ó una vaga esperanza en la consecucion de sus designios le animase, salió de casa á hora en que ya el sol picaba mas de lo conveniente, y con tar-do paso cruzó el pueblo, sin dar siquiera los buenos dias á las mujeres de los labriegos que llevaban el almuerzo á sus pobres maridos, cuyas tierras estaban distantes.

Martin iba pensativo. Si le hubieran preguntado qué objeto llevaba en aquel momento, no hubiera sabido qué contestar.

A la salida del pueblo, lamiendo los restos de una antigua muralla que el tiempo habia respetado sin duda para que diese testimonio de que Albabella fuera en siglos anteriores algo mas que un modesto pueblo de labriegos, se estendia el camino que por una parte conducia á la Almunia, y por otra comunicaba con varios lugares del llamado Campo de Cariñena.

Tomó Martin este camino, y como instintivamente se dirigió hácia la quinta del general, que en medio de un pequeño parque inglés se levantaba á kilómetro y medio de distancia, y á la mano derecha del camino de la Almunia.

La costumbre, mas que un objeto deliberado, guiaba sin duda los pasos de Martin. Por aquellas cercanías encontraba frecuentemente á Alberto cuando queria darle cuenta de alguna de sus amorosas comisiones. ¿Llevaria ahora alguno de estos encargos? Poca prisa se daba para ello, y sobre todo notá-

base tan poca seguridad en el paso del seminarista, que, al verle, cualquiera podia afirmar que iba á la ventura.

Paso tras paso, descansando á veces para dar aire á los pulmones, de cuya sanidad no era testimonio consolador la palidez del rostro de Martin y una tosecilla seca que de cuando en cuando le atormentaba, llegó, por fin, frente á la verja del parque, en cuyo centro se levantaba, rodeado de árboles, el palacio del general.

La verja estaba abierta de par en par. Hizo alto Martin, y acercándose algunos pasos, dirigió una mirada investigadora dentro del parque, como quien busca algo.

Buscaba á Alberto, pero Alberto no estaba allí.

—Milagro es, dijo para sus adentros el ex-seminarista, que no anda por aquí el enamorado Quijote haciendo zapatetas en el aire en honor de su Dulcinea, ó recitando coplas á los pajaritos y á las florecillas.

Volvió á mirar con mas cuidado, poniendo un pie dentro del parque y alargando el pescuezo á derecha é izquierda. De pronto

fijó la mirada en un lugar, y encogió las cejas como quien reconcentra toda su atención en un solo punto.

A los pocos momentos miró nuevamente á una y otra parte, temiendo ser visto, y con esquisito cuidado penetró en el jardín, dirigiéndose al punto en que antes se había fijado.

Hé aquí los sencillísimos objetos que habían llamado la atención de Martín: una gorra de seda de rayas blancas y negras, que usaba constantemente Alberto dentro de casa; varios periódicos recién abiertos, y algunas cartas: todo tirado desordenadamente al pie del tronco de una acacia.

—Aquí ha estado Alberto, se dijo Martín, y no debe andar lejos. Le esperaré un instante sin ser visto de esos perdigueros que tiene su padre para vigilarle.

Sentose, en efecto, tras del tronco del árbol, de modo que en la dirección del palacio nadie podía verle.

—Mucha correspondencia ha tenido hoy mi fiel amigo, exclamó alargando la mano á unas cuantas cartas medio abiertas que esta-

ban confundidas con los periódicos. Si yo fuese indiscreto, añadió sonriéndose como Mefistófeles, las leeria todas.

Y al mismo tiempo desdoblaba una á una las que tenia en la mano, y, siempre sonriendo, pasaba la vista por ellas con la complacencia que siente todo malvado al cometer una mala accion.

De pronto dejó de sonreir, y comenzó á leer con profundísima atencion una de las cartas. Conforme concluia algun período, exclamaba, sin sonreirse, pero con satisfaccion íntima: ¡Hola! Leyó otro período, y acentuó mas su exclamacion: ¡Hol...la! Terminó la carta, pero ya no exclamó nada, sino que con gran rapidez se dió á revolver los papeles que tenia cerca de sí, buscando afanosamente un cabo que sin duda dejaba suelto la consabida epístola.

No tardó mucho en encontrar el objeto de su pesquisa. Era una tarjeta fotográfica. La miró un instante con viva curiosidad, y diciendo: ¡Asombrosa! la puso dentro del sobre, juntamente con la carta, miró á un lado y á otro con cierta inquietud, y seguro de

que nadie le veía, despues de un minuto de vacilacion, se metió en el bolsillo interior de su americana, sobre, carta y retrato, todo en una pieza.

Sin aguardar mas, se levantó con presteza, y cuidando siempre de no ser visto se escurrió á lo largo de la tapia, tomó la puerta, y, una vez fuera del parque, echó á andar apresuradamente camino del pueblo.

—No se me olvidará jamás, iba diciendo entre dientes el buen Martin, la espresion singular con que Ana pronunció aquel *imposible!* que tanto me asombró la primera vez que le hablé de Alberto. Pues ahora veremos si aquello era verdad; y si lo era, y este documento apreciable que el diablo me ha proporcionado me sirve para convencerme de ello, ¿habrá quien niegue que el diablo es todo un hombre de bien?

XI.

CAIDA DEL ÍDOLO.

—Madre, decia Martin á doña Cármen una hora despues, llevándola sigilosamente á su cuarto: todo contribuye á favorecer los generosos proyectos de V. Parece que la Providencia se empeña en protegernos de una manera manifiesta. Una feliz casualidad me ha deparado este documento, que en manos de V. puede servirnos poderosamente para romper de un modo absoluto toda relacion entre Ana y Alberto.

—¿Pues qué es eso, hijo mio?

—Una cosa muy sencilla; es decir, dos cosas muy sencillas. Una carta y un retrato. Mire V., mire V. el retrato.

—¡Chico! exclamó doña Cármen: ¡es una hermosura!

—¡Ya quisiera ser Ana tan hermosa! ¿Verdad, madre?

—¡Ya lo creo! Pero ¿qué retrato es este? ¿Quién te lo ha dado?

—El retrato es de una jóven que escribe esta carta á Alberto, y la carta y el retrato me los he encontrado en medio del camino, yendo hácia la quinta del general. Me fatigaba mucho la tos esta mañana, y he salido á pasear, á ver si encontraba alivio respirando el aire puro, y la Providencia ha hecho que estas dos cosas viniesen á mi poder.

—Pero esa carta, ¿qué dice y á quién va dirigida?

—Va dirigida á Alberto, y dice... Vamos, dice lo suficiente para que Ana llegue á persuadirse de que Alberto tiene muchos motivos para pensar en todo menos en casarse con una labriega ó una señorita de pueblo.

—¿De veras, hijo?

—¡Como lo oye V.! Y ahora solo se trata de que V. tenga una *miaja* de habilidad para sacar partido de la carta y del retrato.

—Pero vamos á ver, hijo, objetó doña Cármen, cuya bondad natural se alarmaba un poco con la idea de representar una farsa cualquiera, pequeña ó grande; á mí me parece que no podemos usar de una carta que viene dirigida á Alberto, y que tú te has encontrado casualmente. Luego por fuerza se ha de saber que Ana la ha leído, y que yo se la he entregado; ¿y qué dirá de mí Alberto cuando lo sepa, y mi propio hermano, sin ir mas lejos, él que es tan Quijote, tan escrupuloso y está tan encalabrinado con el matrimonio entre Ana y Alberto?

—Todo eso no vale un comino, madre, repuso Martín. Si le parece á V. que es mejor que se casen Ana y Alberto, que usar de una carta encontrada por mí, y en la cual Ana verá que no es oro todo lo que reluce, entonces vuelvo á dejar la carta donde me la he encontrado, y que se casen los señoritos, si se casan, y que Ana tenga luego que sentir.

—No, hijo, eso no. ¡Pues no faltaba mas!

—Claro: V. no puede querer el mal de esa

pobre huérfana, dijo Martin con el tono mas hipócritamente compungido del mundo.

—De ninguna manera, replicó doña Cármen, que solo deseaba un pretesto honroso para ocultar su egoismo de madre.

—Por lo demas, no hay cuidado ninguno de que Alberto tenga noticia de lo sucedido. Despues que hable V. con Ana, va V. en seguida á hablar con el general, y le cuenta V. todo lo que ha pasado. El se alegrará naturalmente, y como desea que su hijo pierda esas ilusiones que tiene, se avendrá muy bien á decir, si es preciso, que él mismo sorprendió la carta de su hijo y se la mandó á V. para que la entregase á Ana. De este modo quedamos á cubierto, y el asunto estará reducido á una cuestion mas entre el general y su hijo.

—Mentir de esta manera no está bien, hijo.

—¡Vaya una mentira grave! Y despues de todo, es una mentira que redunde en beneficio del prójimo... Pero, en fin, si V. tiene escrúpulo de conciencia, lo dejaremos estar, y yo me casaré con la primer moza que me

encuentre por la calle, con la hija del verdugo, si me gusta.

—¡Vamos! al fin te saldrás con la tuya. De todos modos, no te falta razon, y ello algo hay que hacer en bien de la pobre Ana.

Convencida ya doña Cármen, por la astucia y las hipocresías de Martin, tomó la carta y el retrato, se echó ambas cosas en el bolsillo, y se fue resuelta á tener una conferencia con Ana.

El cuarto de la huérfana era el mismo que ocupaba en vida de la abuelita, el mismo donde tenia el piano, y cuya ventana daba á la huerta; el cuarto donde habia pasado las mejores horas de su vida antes de sentir los primeros latidos del corazon enamorado.

Doña Cármen se dirigió, pues, al cuarto de Ana, poniendo cuidado de que el cura no se enterase de nada.

Iba, como quien va á cometer un crimen, temblando y vacilando. A veces se paraba, dando muestras de que no se resolvía á llevar á cabo su propósito. Otras apresuraba el paso, como quien toma una decision irrevocable.

Llegó finalmente á la puerta del cuarto de Ana, y empujó con resolucion.

Ana no estaba allí; pero la paloma blanca revoloteaba desde el alféizar de la ventana hasta las ramas de un árbol inmediato, que casi se introducian en la habitacion. Este detalle hizo sospechar á doña Cármen que Ana no tardaria en volver á su cuarto. Concluyó de convencerse de ello al ver sobre una silla el manteo del cura, que Ana estaba reco-siendo.

Fijose doña Cármen en este otro detalle, y repentinamente sacó del bolsillo la carta y el retrato, puso este dentro del sobre de aquella, y colocó todo ello sobre el manteo en que Ana trabajaba, de modo que esta no tuviera mas remedio que ver la carta en cuanto volviese á la habitacion.

Hecho lo cual, doña Cármen salió apresuradamente, satisfecha de no haber encontrado á Ana, sin dejar por eso de cumplir el deseo de Martin.

Pocos momentos despues Ana entraba en su cuarto, ostentando en lo alto del pecho un hermosísimo clavel encarnado, que

acababa de arrancar de la maceta con la intencion de enviárselo á Alberto por medio de Martin.

A cierta distancia se confundia el vivo color del clavel con los colores de las mejillas de la jóven, que parecia hacer gala de hermosura, de salud y de felicidad.

Nunca quizás su corazon habia palpitado á impulso de tan risueñas esperanzas; nunca la vida se habia presentado á sus ojos tan hermosa.

Amar por primera vez, y ser amada por un alma que jamás ha compartido sus misteriosos y profundos afectos con ningun otro ser, fuera de Dios, es la dicha que sueña el corazon puro, inmaculado, íntegro de la juventud, libre todavía del duro azote del desengaño: y esa era la dicha soñada tambien por la inocente huérfana.

Reflejábase en su semblante la luz de la esperanza de su corazon. ¡Esperar amando! 'Oh eterna y delicada armonía del alma virginal!

Entró Ana en su cuarto, y lo primero que se presentó á su consideracion fue su queri-

da paloma, que, puesta en lo mas elevado de la silla donde estaba la carta dejada intencionadamente por doña Cármen, se deshacia en arrullos que parecian denotar una agitacion estraña y desusada en aquella pobre ave, símbolo de la candidez y del amor sin amargura, del amor sin hiel.

—¿Qué tiene mi amada compañera? exclamó Ana acercándose cariñosamente á su paloma.

Pero en aquel instante fijó su atencion en la carta, cuya blancura resaltaba notablemente sobre el negro paño del manteo, y, por un movimiento de natural curiosidad, se apoderó del papel.

Leyó el sobre, y dió un imperceptible grito de admiracion. «Sr. D. Alberto de Villanueva, decia el sobre, en Albabella de Aragon.»

—¿Qué es esto? dijo para sí la jóven; pero sus manos, rápidas como su propio pensamiento, ya habian sacado de la carpeta el retrato y la carta juntamente.

Miró el retrato con afan, y no pudo menos de prorumpir en una exclamacion de sorpre-

sa al ver la extraordinaria hermosura de aquella imágen.

La retratada era una jóven de diez y ocho á veinte años, alta, esbelta, de mirada viva y audaz, que brotaba de unos ojos negros, como salía el rayo, segun la fábula, de la mano de Júpiter.

Las facciones todas correspondian á aquellos ojos y á aquella mirada.

La negra cabellera, caida en ondulantes bucles sobre el descotado pecho, parecia ramas de ébano arrojadas sobre la nieve.

Un hombre de mundo difícilmente podría resistir los encantos de aquella mujer.

Atraía como el abismo.

Ana contempló detenidamente el retrato. Los hermosos colores del rostro, que antes se confundian con los del clavel, habian desaparecido. Ana estaba profundamente pálida.

Desdobló, por fin, la carta, y leyó:

«Alberto: ¿y vives todavía? Hace un año celebraste aquí mis dias casi por casualidad. Desde entonces hasta ahora no hemos vuelto á saber de ti. ¡Gracias que cada año cumplo

uno mas, y que, aunque tu memoria es flaca, no te has olvidado siquiera de esta circunstancia!

»Los encantos de la agreste naturaleza que te rodea no han bastado ¡cosa admirable! á hacerte olvidar que tienes una prima que cumple años el 12 de julio.

»No es poco para quien, segun dicen malas lenguas, tiene particulares aficiones á las agrestes naturalezas. Yo nó lo creo... y tú sabes por qué.

»Los pollos que vienen á nuestro palco todas las noches son muy sosos; pero, francamente, ninguno tiene aficiones agrestes, por mas que á veces se queden embobados contemplando la agilidad de las nuevas *ecuyères* que ha traído este año el inagotable Price.

»En nuestro palco hay siempre una silla vacía: aquella en que estabas sentado, ¿te acuerdas? la noche del 3 de agosto: ¡hace ya cerca de tres años!

»Estrené un traje blanco...; ¡y qué cosas me dijiste á propósito del traje blanco que estrené aquella noche! Yo era una niña; aho-

ra soy una mujer. ¡Tres años hacen variar tanto...! En un año solo dicen que he variado mucho. Para que veas de algun modo esta variacion, te mando mi retrato. Dicen que no estoy favorecida; pero esto lo dicen los pollos aduladores que me rodean.

»Mi hermano Enrique se acuerda mucho de tí, y te llama primo ingrato. ¡Y eso que no sabe lo que el 3 de agosto me dijiste!

»Así sois los hombres. Hablais de amor sin entenderlo, y nosotras ¡cándidas! escuchamos vuestras palabras y las creemos. ¡Pobres mujeres! Nunca aprendemos á conocer lo que valen vuestras palabras.

»Conste, sin embargo, que no temo á las naturalezas agrestes... ¡Pero tu falta de memoria es atroz!

»Ha escrito tu papá diciendo que vendrás para setiembre, porque ya has arreglado el pleito que teníais en Zaragoza. ¿Es verdad?

»Mi hermano y todos tus amigos te esperan. El Real estará animadísimo. ¿Debo reservarte allí otra silla?

»Cuídate... la memoria. A Dios gracias, es muy excelente la de tu prima

»ADELA.

»Madrid 16 de julio.»

La carta se deslizó de manos de Ana, y cayó al suelo: con la carta cayó también el clavel deshojado.

Debo decirlo todo. Con la carta y el clavel había caído el ídolo que se levantaba orgulloso en el altar de aquel pobre corazón enamorado.

¡Había en el mundo otra mujer, y mujer estremadamente hermosa, elegante, discreta, que tenía derechos adquiridos sobre el amor de Alberto! ¿Así muda el corazón de los hombres? ¿Era mentira que dos almas se uniesen por primera vez y para siempre en el sentimiento de un afecto que parece anterior á la vida, y se cree posterior á la muerte?

Todo esto pasó como una nube por la confusa imaginación de Ana. Pero de pronto se le ocurrió pensar en quién había traído aquella carta y aquel retrato á aquel sitio.

Levantó la cabeza agitada por esta idea, y

vió á la paloma que desde el alféizar de la ventana tendia el vuelo por los aires.

En aquel momento recordó que la paloma estaba como de centinela de la carta sobre lo alto de la silla, cuando ella volvió á su cuarto.

Ana no quiso pensar mas, y cayó de rodillas, exclamando: ¡La Providencia de Dios!

XII.

EL ECO DE UNA VOZ.

—¡Ana, Ana, hija mia! dame el manteo corriendo, decia pocos instantes despues el señor cura, que aceleradamente venia por el pasillo en direccion al cuarto de la jóven huérfana.

Ana se levantó, recogió la carta y el retrato, y enjugándose las lágrimas, hizo un gran esfuerzo de ánimo para aparentar una tranquilidad que estaba muy lejos de tener.

Entró el P. Francisco, y con estraña agitacion cogió el manteo que estaba aun sobre la silla.

—¡Jesus, qué contratiempo! iba diciendo mientras se lo ponía ayudado de Ana. ¡Ayer sano y bueno, y hoy á las puertas del sepulcro...! ¡Y quién sabe, Dios mio, quién sabe

si yo habré contribuido con este carácter pícaro que tengo á esta horrible desgracia!

—¿Pues qué sucede, padre mio? preguntó Ana, fijándose ya, á pesar del estado de su ánimo, en las graves palabras del cura.

—¿Qué sucede? Que voy á administrar los santos sacramentos al general; que esta mañana ha amanecido con un fuerte dolor de cabeza, y que es difícil que pase de esta noche, segun la opinion del médico, que acaba de llegar de la Almunia desempedrando el camino.

—¡Jesus nos valga! exclamó Ana horrorizada. No pierda V. tiempo, padre mio; corra V., aunque acaso la enfermedad no será tan grave como dicen.

—No, ¿eh? replicaba el cura echando ya á andar por la escalera abajo. ¡Una apoplegía fulminante! ¡Digo! ¡Casi vale mas un escopetazo en la cabeza!

En efecto: el general, escitado por la escena que mis lectores recordarán, y á la cual ni su carácter ni sus costumbres se avenían, fue bien pronto víctima de una apoplegía mortal. La primera vez que este infe-

liz personaje tuvo que resolver un negocio, sucumbió.

Su inteligencia embotada, entumecida, no pudo resistir la controversia de la primera cuestion que se le presentó. Por eso el cura temia haber contribuido á esta desgracia del general.

Mis lectores se esplicarán ahora perfectamente por qué Martin vió la gorra, los periódicos y las cartas de Alberto tiradas desordenadamente bajo un árbol del parque.

Alberto estaba en las primeras horas de la mañana viendo el correo que acababa de recibir, cuando un criado vino á avisarle de que el general se quejaba mucho de la cabeza y no queria levantarse de la cama. Corrió Alberto á ver lo que era, y notando grandísima inquietud en su padre, mandó llamar inmediatamente á un médico de la Almunia.

El resto lo saben mis lectores.

El médico lo sangró, le dió fuertes revulsivos, pero al fin dijo que era caso de llamar al médico del alma, porque el del cuerpo no tenia ya nada que hacer.

La noticia del suceso alarmó á Martin, é

hizo profunda impresion en doña Cármen. Ambos pensaron que, muerto el general, no habia obstáculo ninguno que se opusiese al matrimonio de Alberto con Ana.

—Está de Dios, dijo doña Cármen á Martin, que se han de casar... ¡Y qué le hemos de hacer! añadió con sincera conformidad: solo sentiria que ella no fuese feliz.

—Como no lo será ni lo puede ser, madre, replicó Martin mordiéndose las uñas. ¡Carape! ¡Si sabré yo lo que pasa! ¡Si sabré yo que él tiene otra novia en Madrid!

—¿Otra novia? ¿Quién te lo ha dicho?

—Pues ¡carape, carape y carape! dijo con rabia el venenoso ex-seminarista: ¿qué significa la carta que le he dado á V. para que se la entregase á Ana...? Y, á propósito: dos cuartos á que no se la ha entregado V.?

Doña Cármen le contó á su hijo lo que habia hecho con la carta.

—¿Y si no la ha leído? preguntó Martin. Pero añadió en seguida, subiendo escaleras arriba hácia el cuarto de Ana:

—Yo lo averiguaré bien pronto. Espéreme en la sala.

Ana, profundamente conmovida por todo lo que acababa de pasar en un instante, sentía necesidad del descanso de su alma: sentía necesidad de acudir al reposo de la fe.

Se recostó sobre la modesta mesa de pino que estaba cerca de la cabecera de su cama, y bajo una imágen de la Virgen, y tomó el libro en que, por consejo del cura, leía frecuentemente. Era la *Imitacion de Cristo*.

Abrió al azar, y leyó:

«El amor de la criatura es engañoso y mutable.

»El amor de Jesus es fiel y permanente.

»El que se llega á la criatura caerá con lo perecedero.

»El que abraza á Jesus perseverará eternamente.

»A aquel ama y ten por amigo que, aunque todos te desamparen, no te desampará ni te dejará perecer.

»De todos has de ser desamparado alguna vez, quieras ó no quieras.

»Sigue el partido de Jesus con toda constancia, viviendo y muriendo, y entrégate

á su fidelidad; que, aunque todos te falten, Él solo te puede ayudar.

»Tu amado es de tal condicion, que no quiere consigo admitir á otro: mas El solo quiere tener tu corazon, y como Rey sentarse en su propio Trono.»

Suspendió Ana la lectura, y, hundiendo la cabeza entre las manos, comenzó á derramar abundantes lágrimas, que como lluvia de primavera caian sobre su abatido espíritu.

Repetia con la mente el último párrafo que acababa de leer, y parecíale que cosa semejante no habia oido jamás; y sin embargo, eso era lo que tenia grabado en su propio corazon. Aquella voz del cielo parecia el eco de la voz de su alma:

«Tu amado es de tal condicion, que no quiere consigo admitir á otro.»

¡Amor sublime que dura tanto como la eternidad; que no es engañoso ni mudable, y llena los ámbitos todos del corazon, y desafía los reveses, y se levanta sobre todas las tempestades de la tierra!

Un consuelo inefable como el que siente quien sale del fondo de la oscuridad de una

caverna de aire mefítico á respirar el ambiente de los campos y á contemplar la clara luz de las estrellas, se esparció suavemente por el corazón de Ana.

La sombra del cruel desengaño iba desvaneciéndose poco á poco, como la de la noche ante el resplandor de la aurora de un nuevo día.

«El amor de la criatura es engañoso y mudable.»

—¡Es verdad! decía Ana desde el fondo de su corazón.

«El amor de Jesús es fiel y permanente.»

—¡Es verdad! repetía Ana.

¡Sí, es verdad! dice nuestra fe: ¡y que lo fiel y permanente sea mil veces postergado por el corazón del hombre á lo engañoso y mudable!

¡Vanidad del corazón!

Embebida en tales pensamientos, apenas sintió Ana dos golpecitos que dieron en la puerta.

A la segunda vez que sonaron fueron acompañados de la voz de Martín, que decía:

—¡Ana! ¡Ana! ¿puedes salir un momento?

Ana dejó el libro, y salió.

—¿Qué quieres? preguntó á Martin con frialdad y hasta con disgusto, como si creyera que de aquel ser miserable no podia venir nada bueno.

—Sé que el general mandó ayer á mi madre una carta y un retrato para que te enterases de una y otra cosa. Supongo que mi madre querrá enseñártelas, y te advierto que no debes leer la carta ni ver el retrato... ¡Infame general! Parece que Dios le castiga por su mala voluntad.

—Respetá á los moribundos, Martin. Yo he encontrado esos objetos que dices en mi cuarto, ignorando quién los habia puesto allí.

—¿Y has leído...? dijo Martin fingiendo cierta inquietud simpática y compasiva.

—He leído y he visto, Martin, contestó Ana con una serenidad que desconcertó al raquítico ex-seminarista: ¡y doy gracias á Dios por lo que he leído y lo que he visto!

Diciendo lo cual, volvió las espaldas, entró de nuevo en su cuarto y cerró la puerta, dejando á Martin como quien ve visiones.

XIII.

UN DRAMA INVEROSÍMIL EN LOS AIRES.

El pronóstico del facultativo se cumplió al pie de la letra.

A las tres de la mañana del siguiente día, el general entregaba su alma á la eternidad despues de haber sido auxiliado con el celo y el amor propio de un buen ministro de Dios, por el mismo sacerdote en cuya mejilla habia estampado, aunque involuntariamente, su mano el rudo militar, tan jactancioso por sus liberalescos servicios como enemigo de la democracia práctica.

En casa del cura se rezó muchas noches consecutivas por su alma.

Alberto no salió, en el espacio de una semana, de los límites del parque que rodeaba

su quinta. Sabia que todas las noches se rezaba por el alma de su padre en casa del cura, y, á fuerza de pensar en esto, llegó á olvidarse poco á poco del rudo golpe que acababa de sufrir su corazon de hijo, y á fijar toda su atencion en las consecuencias que naturalmente debian surgir de este hecho en relacion con alguna de las personas que rezaban por el alma del general.

La verdad es que la muerte de esta persona era una desgracia que tenia sus compensaciones, y compensaciones notables por lo consoladoras.

Alberto heredaba el título y las riquezas de su padre, y con esto la completa libertad de accion para elegir á su gusto la perpetua compañera de su vida.

Habia perdido un padre, mas ó menos cariñoso, cierto; pero convengamos en que habia ganado una mujer; y esto en Alberto, que era un hijo vulgar de un padre vulgarísimo, no dejaba de hacer profunda mella.

¡El inmenso egoismo del corazon humano es así!

Alberto comenzó á pasear algunas veces

con el cura solo, no atreviéndose todavía á hacer público alarde de las ventajas que le habia traído su desgracia de familia.

Martin estaba aplanado. No sabia la situacion de ánimo de Ana, y, por otra parte, temblaba de que Alberto llegase á averiguar el hurto de la carta y del retrato, cosa fácil, puesto que el general, por razon de su repentina enfermedad, no tuvo tiempo de hacer lo que Martin y su madre habian convenido en decir á la huérfana.

Esta no salia de su habitacion mas que para comer. Horas enteras se pasaba encerrada en su cuarto sin que nadie supiese lo que hacia.

No pronunciaba una sola palabra que se refiriese á Alberto.

Su semblante, su mirada, su porte, todo revelaba una gravedad dulce, pero respetable, impropia, ó á lo menos estraña en aquella jóven cándida y risueña, que en no lejanos dias mostraba en todo su ser el encanto, la vaguedad y la ligereza de las ilusiones juveniles, y de las efímeras esperanzas de la vida.

Observábala el cura con admiracion y asombro. De tal manera, que le costó trabajo repetirle cierto dia las siguientes palabras que Alberto habia pronunciado: «Señor cura, diga V. á Ana que en medio del dolor que siente mi corazon de hijo, se levanta una esperanza consoladora propia de mi corazon de hombre. Huérfano como *ella*, necesito de una nueva familia, de un nuevo hogar, como los pájaros necesitan del aire. Dígale V., señor cura, que Alberto la ama siempre.»

Oyó la jóven estas palabras con deferencia, pero sin dar muestra de emocion alguna.

Parecia que esas palabras se deslizaban sobre su corazon como una esfera de marfil sobre una plancha de acero.

El cura se creyó en el caso de arrancar una respuesta á la jóven.

—¿Qué debo decirle? le preguntó.

—Nada, padre mio... Dios me dirá cuándo y cómo he de contestar.

No insistió el P. Francisco; antes bien alabó piadosamente la resolucion de Ana de buscar, primero de todo, las inspiraciones del cielo, y hasta le ofreció el auxilio de sus

consejos y de su experiencia, oferta que fue aceptada sin vacilar por la jóven.

Ana oraba frecuentemente, y otras veces leia ú oia leer al P. Francisco capítulos de los libros místicos mas notables, dando por lo comun la preferencia á la *Imitacion*, en cuya profundidad de afectos penetraba ya el alma de la jóven con portentosa facilidad.

Esta situacion particular de Ana hacia que todos, Martin y doña Cármen, Alberto y el cura, sintiesen paralizados sus movimientos en el camino de sus respectivas aspiraciones.

Era una espectacion general, un silencio parecido al que se nota momentos antes de las grandes catástrofes ó de las grandes resoluciones.

El hombre, antes de obrar con energía, necesita recogerse, como la pantera recoge sus músculos antes de dar el salto.

En la vida humana los sucesos son como el hombre y como la pantera. Se paralizan y se recogen antes de dar un gran salto ó una gran esplosion.

Era uno de los primeros días del mes de agosto.

Comenzaba el sol á ocultarse tras de las montañas que rodean el valle encantador de Albabella, y como siempre que el sol se oculta, sus últimos reflejos, de color de escarlata, iluminaban los picos mas altos de las montañas. Así las últimas ilusiones de la juventud que se va suelen iluminar los hechos mas prominentes de los días que pasaron.

Ligeras nubes blancas y rosadas se balanceaban suavemente en el espacio, como si, sofocadas de calor, quisiesen imitar el agradable mecimiento de una hamaca.

Apenas se movía una hoja en los árboles; apenas se oía el chirrido de un pájaro.

De vez en cuando se notaba algun grito, algun rumor lejano que salía de las eras donde los labriegos trillaban alegremente.

Ningun otro sonido interrumpía la quietud y el silencio de la tarde que espiraba.

Ana, con el codo apoyado en el alféizar de la ventana de su cuarto, y con la cabeza inclinada sobre la palma de la mano, miraba



Ana, con el codo apoyado en el alféizar de la ventana, miraba vagamente las nubes que se mecían en los aires.

vagamente las nubes que se mecían en los aires, mientras prestaba oído atento al Padre Francisco, que, sentado junto á ella en un sillón de vaqueta, leía pausadamente y con tan dulce entonación, que parecía hacerlo de propósito para completar el hermoso cuadro de la caída de la tarde.

Con los ojos persiguiendo instintivamente el balanceo de las nubes, y con el oído atento á la voz tranquila del cura que leía, hubiérase dicho que Ana era la estatua de la contemplación.

¿Qué pasaba en aquella alma ávida de un amor eterno, indivisible, infinitamente superior al del corazón humano, que adora y quema alternativamente los ídolos, sin que por eso deje de estar acosado á cada instante por el espantoso fantasma del hastío?

¿Qué miraba en las nubes? ¿Qué buscaba en los aires?

¡Ah! ¿Quién puede escudriñar los misterios del alma? ¿Quién es capaz de dar forma y vida á los secretos movimientos del deseo infinito, á los suspiros inarticulados de un alma que parece estar suspendida en el es-

pacio entre el abismo del mundo y la inmensidad del cielo?

Ana escuchaba con atencion los sublimes conceptos del libro que leia el cura; pero de vez en cuando, del fondo de su imaginacion se levantaba una sombra ¡todavía querida! una sombra que evocaba recuerdos siempre gratos á este pobre corazon humano, y esperanzas siempre halagüeñas y tentadoras para esta flaqueza orgánica de nuestro ser.

La gran ciudad descrita con vivos colores por el satánico Martin; los placeres, las grandezas, las pompas de que en aquella ciudad disfrutaban los hijos mimados de la fortuna, como Alberto, eran recuerdos y esperanzas que aun lograban hacer vibrar las cuerdas del orgullo y de la vanidad en el inquieto espíritu de la huérfana.

Alberto habia demostrado que la preferia á su prima. Es verdad que su prima habia sido antes amada por él: es verdad que esas primeras y virginales impresiones de la vida dejan huella en el corazon: cierto que la virginidad del alma es muy hermosa; pero el ser condesa, el ser adorada del mundo que

no levanta altares mas que para la riqueza y la hermosura, ¿no merecia prescindir un poco de aquellas consideraciones propias de una fantasía envuelta en las nebulosidades del idealismo?

Estas ideas rodaban confusamente por la imaginacion de Ana, como ruedan, al parecer, los objetos en torno de una cabeza débil.

Pero de pronto todas las sombras tentadoras desaparecieron. Un peligro terrible amenazaba al ser mas querido de Ana, y era seguro de que antes de poco rato iba á representarse un drama sangriento en los aires.

Ana irguió el cuerpo; apoyó con fuerza convulsiva las manos en la ventana, y abriendo desmesuradamente los ojos, los clavó en un punto determinado del espacio.

¿Qué era lo que así llamaba la atencion de Ana? La cosa mas natural del mundo: que la paloma blanca iba á morir sin remedio de un momento á otro.

La fuerza bruta iba á aplastar á la débil inocencia: la pasion ciega iba á triunfar de la cándida pureza: un ave de rapiña, graznando con bárbara complacencia, gozándose

de antemano en el triunfo que iba á conseguir, volaba tras de la paloma blanca, con las alas rígidamente estendidas é inmóviles, agitándolas solo de vez en cuando para cambiar de direccion.

¡Cosa particular! La paloma, que volaba delante de su voraz perseguidor, no daba señal ninguna de inquietud y temor. Su vuelo era tan reposado y tranquilo como el del gavilan. Guardaba siempre la misma distancia, á pesar de la menor fuerza de sus alas, sin que el gavilan lograra adelantarse un paso en la persecucion de su víctima.

Ana, aterrada, contemplaba aquella escena en silencio, como si la voz se le hubiese ahogado en la garganta.

El cura seguia leyendo tranquilamente. Daba fin al capítulo xxx del *libro tercero*, y se disponia á comenzar el capítulo xxxi, para lo cual tomó un poco de aliento, cambió de postura y sujetó los anteojos sobre el puente de la nariz.

Entre tanto, las dos aves habian llegado ya á colocarse en direccion perpendicular á la huerta de la casa.

Ana podia observar mejor sus movimientos, y con gran sorpresa notó que la paloma, en vez de dirigirse hácia el palomar ó hácia la ventana donde estaba la huérfana, comenzaba á describir estraños círculos en el aire, con asombrosa rapidez, obligando al gavilan á hacer lo mismo, operacion que á este le arrancaba graznidos cada vez mas fuertes y desesperados, como si se sintiese víctima de una burla inusitada.

Parábase á veces el fiero pájarraco para dar una acometida decisiva al débil enemigo que tenia debajo, y entonces la paloma suspendia tambien su vuelo, hurtando maravillosamente el cuerpo cuando el gavilan acometia.

Era una lucha extraordinaria, admirable, inverosímil, de agilidad y de destreza. Los raros accidentes de la batalla hacian creer que, ó el gavilan no era tal gavilan, ó la paloma no era tal paloma.

Pero de pronto comenzaron á estrecharse las distancias entre los combatientes, y á hacerse mucho mas rápidos y compresivos los círculos que describian. La vista se per-

dia en aquel torbellino de círculos sin fin... Ana no respiraba.

Ya era imposible distinguir cuál era cada una de las aves batalladoras. Tan confundidas estaban, que parecían un gran punto negro suspendido en el espacio y agitándose en una trepidación increíble.

El cura, leyendo siempre, empezaba el capítulo con estas palabras:

«¡Señor! necesaria me es aun mayor gracia si tengo de llegar á donde nadie ni criatura alguna me puedan embarazar.»

En esto se oyó un graznido estridente, ahogado, y el cuerpo de una de las aves caía á plomo sobre la huerta *como cuerpo muerto cae*.

Ana juntó las manos, en el colmo de la admiración, y brillando la alegría en sus ojos, se quedó contemplando, como en éxtasis, á la blanca paloma que, á modo de reina triunfante, paseaba gallardamente los aires, y estendía lentamente el vuelo hácia las nubes.

El cura seguía leyendo:

«Porque mientras alguna cosa me detiene, no puedo volar á ti libremente.»

Ana volvió rápidamente la cabeza, y prestó atención.

El cura seguía:

«Deseaba volar libremente el que decía: *¿Quién me dará alas como de paloma, y volaré y descansaré?*»

En aquel momento se apagaban los últimos reflejos del crepúsculo, y las sombras de la noche se precipitaban sobre el valle como una inmensa ola.

El cura cesó de leer.

Ana volvió á mirar hácia los aires, y vió, confundiéndose con las nubes, una ligera sombra que se movía.

—¡Padre! gritó entonces Ana: ¡se va!

—¿Qué es eso, hija mia? preguntó el cura.

—Mi paloma, mi paloma que se marcha. ¿No la ve V...? ¡Ah! Se ha perdido en las nubes. ¡Se ha ido para siempre!

El cura dirigió la vista hácia dónde le indicaba Ana, pero la noche cayó de lleno, y todos los objetos se confundieron entre las sombras.

Ana refirió entonces al cura el drama que

acababa de presenciar. El cura se sonrió incrédulamente.

Al siguiente día bajaron á la huerta para buscar el cuerpo del gavilan, pero el gavilan no pareció.

—Soñaste, hija mia, dijo el cura á la huérfana.

—¡Si lo vi yo caer con mis propios ojos!

—Pues no está.

—Pero tampoco está en casa la paloma.

—Ya volverá, hija.

—¡Quién sabe! replicó Ana.

Y desde el fondo de su corazón salió una voz que repetía las últimas palabras del libro que leía el cura el día anterior:

¿Quién me dará alas como de paloma, y volaré y descansaré?

XIV.

EL VUELO Y EL DESCANSO.

El cura no se explicaba la conducta de Ana, por mas que habia llegado ya á conocer el gran movimiento que hácia las cosas del órden sobrenatural se estaba verificando en el alma de la huérfana.

Pero todavía se explicaba menos Alberto la indiferencia con que , al parecer , le miraba Ana desde la muerte del general ; es decir, desde que habia desaparecido el único obstáculo que era necesario vencer para llegar al logro de los deseos de ambos jóvenes.

Viendo que Ana no daba señal ninguna de sus cariñosos sentimientos , y que Martin se encogia de hombros cuando le preguntaba, haciéndose el asombrado por la estraña conducta de la jóven , determinó Alberto saltar

por cima de todas las consideraciones del mundo, y presentarse en casa del cura, y hablar claramente con Ana acerca de sus interrumpidas relaciones.

Pero antes confió al cura su intento. El cura le recordó la contestacion que le habia dado Ana pocos dias atras con un motivo semejante, y añadió:

—Posteriormente he insistido yo mismo, por mi propia cuenta, en los deseos que V. me habia manifestado de verla. Pero ¿sabe V. lo que me ha contestado? Que tiene una grave cuestion que resolver, y que la está tratando detenidamente con su conciencia. Le aseguro á V., amigo mio, que yo no sé lo que le pasa, pero advierto en ella una transformacion maravillosa. Vive en un retiro completo; reza mucho y habla poco, y esto no crea V. que es porque yo haya ejercido influencia sobre ella. Al contrario. Aprovecho cuantas ocasiones se me presentan para recordar el nombre de V., y hago frecuentemente la apología del matrimonio. ¿Qué mas deseo yo que verla feliz unida á un hombre de tan buenas prendas como V.? Prometí no

abandonarla en la vida, y he de cumplir esta promesa como si fuera su propio padre. Pero tiene cosas raras, que no comprendo. Ayer mismo le dije una vez mas que V. deseaba verla. Y me contestó muy gravemente: «Cuando vuelva mi paloma blanca, entonces me verá.» ¡Vaya V. á saber lo que habrá sido de su paloma! Se marchó una tarde, y no ha vuelto. Ana me refirió un sueño, que ella juzgaba realidad, y lo que sospecho es que algun gavilan dió cuenta de la paloma, y Ana se figuró ver lo contrario. De manera que, si esperamos la vuelta de la paloma, ya podemos esperar sentados.

Causaron profunda impresion en Alberto estas palabras, y refirió entonces al cura, por primera vez, el estraño afecto que la misma paloma habia inspirado á su hermana. El cura no dió importancia á esta coincidencia, antes bien se esplicó la supersticion de Ana por el mismo relato que hizo Alberto al regalarle la paloma.

—Las mujeres, dijo el cura, son dadas á lo estraordinario y maravilloso, y como V. refirió á Ana que esa misma paloma era una

especie de ser sobrenatural para su hermana de V., no es extraño que se le haya metido á ella tambien en la cabeza alguna idea estravagante en ese mismo sentido.

Alberto no tuvo nada que replicar á esta naturalísima esplicacion, pero no quedó completamente satisfecho; antes bien pensó mucho en tan particular coincidencia.

Cuatro dias despues de esta conversacion, Martin y doña Cármen miraban llenos de asombro los preparativos que estaba haciendo Ana para ponerse en viaje. Arreglaba su ropa blanca, y prescindia de sus mejores vestidos.

Ellos no sabian una palabra de semejante viaje. Habian notado la noche anterior que Ana y el cura conferenciaban larga y seriamente en la huerta á la luz de la luna. No pudieron oir nada de lo que ambos hablaron, pero debia ser cosa importantísima, porque despues de esta conferencia Ana se encerró en su cuarto y tuvo luz hasta muy avanzada la noche.

Martin aseguraba que la habia visto escri-

bir, una vez que se atrevió á mirar indiscretamente por el ojo de la llave.

A la mañana siguiente á esta noche en que Ana, según Martin, escribia, la jóven y el cura se levantaron poco antes de amanecer, y despertaron á doña Cármen diciéndole que les preparase algo de desayuno, porque iban á marchar inmediatamente para la Almunia. Martin se levantó tambien, y ayudó á arreglar un poco de ropa que llevaba el cura en una maleta.

Ni la madre ni el hijo se esplicaban aquel repentino viaje. Además, los viajeros guardaban un profundo silencio, y los otros no se atrevian á interrumpirle, como si temiesen profanar la solemnidad de un gran acontecimiento.

Doña Cármen, sin embargo, era mujer, y exigir á una mujer que ahogue en el pecho la curiosidad que le devora, es exigir un imposible.

Así, que apenas acabó de preparar el desayuno, que consistia en una jícara de chocolate con pan tostado y manteca, doña Cármen rompió el silencio que reinaba, y diri-

giéndose resueltamente á su hermano, dijo:

—¡Vaya! yo no puedo mas. Vosotros estais haciendo misterio de este viaje como si mi hijo y yo no fuésemos de casa, y eso está muy mal hecho. ¿Por qué no hemos de saber á dónde vais? Y despues de todo, cuando se trata de una cosa que yo no sé por qué me pone triste... Es decir, sí lo sé.

¡Pues no lo he de saber! Si os veo á los dos tan serios como dos postes... Solo de veros así se me encoge el corazon y me dan ganas de llorar... ¿Ves? Ya se le saltan las lágrimas á Ana. ¡Ea! yo necesito saber lo que aquí pasa, sea lo que quiera.

—¿No podias esperar un dia á saberlo, replicó el cura, para evitarnos ahora una escena desagradable? ¿Qué necesidad tenemos de que nadie se entere?

—Pero, hijo, me parece que es muy natural mi deseo.

—Sí, es natural, no lo niego; y por eso te digo que Ana se va para no volver mas.

Martin hizo un gesto de asombro. Doña Cármen se arrojó en los brazos de Ana llorando como una Magdalena, y esclamando:

—¡Hija mia! ¡Hija de mi vida! ¿Qué es eso? ¿No te hemos de ver mas? ¿Pues qué te hemos hecho nosotros para que nos dejes de esta manera? Dime, dime, por Dios, si tienes alguna queja de mí...

—¡No lo decia yo! exclamó el cura. ¡Qué queja ni qué calabazas! Se va á otra parte mejor que esta, y, aunque yo lo sienta, digo que hace muy bien... Vamos á tomar chocolate, y no perdamos tiempo, que tenemos prisa.

—¡Pero si esto no puede ser, señor! gritaba doña Cármen entre sollozos mientras Ana en silencio dejaba correr las lágrimas que, á pesar suyo, brotaban de sus ojos. ¿A dónde irá que mejor la traten? ¿Pues no la hemos tenido siempre como hija?

—¡Dale, bola! replicó el cura impaciente. ¡A que no salimos de aquí en dos horas! Pues sábetete tú, querida hermana, que á donde va la han de tratar mil veces mejor que aquí.

—¿Pues en qué la he faltado yo? ¿Dices eso por la carta y el retrato que Martin...?

Martin se apresuró á tirar del vestido á su madre. Doña Cármen continuó:

—Digo, que el general me mandó entregar á esta, y que yo dejé sobre una silla para que se enterase.

—¡Carta, retrato! dijo el cura sorprendido. ¿Qué lío es ese?

—Todo eso lo lleva V. en el bolsillo, padre mio, dijo Ana; y no tardará V. en saber lo que es.

—¡Ah! este paquete...

—Sí: V. lo verá detenidamente, y no hablemos mas de esto. En cuanto á V., madre mia,—permítame V. que le dé este nombre,—viva V. tranquila y segura de que siempre la amaré con todo mi corazón. V. cumplió con un encargo, y nada mas. Nunca olvidaré el cariño con que V. me ha tratado. En mis oraciones tendrá V. el primer lugar. Si me voy á otra parte, no es por despego ni por disgusto. Dios me llama, Dios me quiere para sí, y obedezco. Ya ve V. que el cambio no puede ofenderla.

—¿Qué dices, hija? ¿Te vas á un convento?

—Sí, madre mia.

Martin se quedó confuso, porque en todo habia pensado menos en semejante solución.

Doña Cármen bajó la cabeza tristemente, y sintió que la conciencia le echaba en cara sus culpables condescendencias con las tra-pacerías de Martin.

—¡Ea! Ya lo sabes todo, dijo el cura sentándose á la mesa. Cuando una mujer se empeña, ha de salirse siempre con la suya.

A lo cual siguió un profundo silencio.

El cura y Ana tomaron el desayuno, mientras doña Cármen y su hijo los miraban á cierta distancia, haciendo cada uno de ellos consideraciones bien distintas; porque mientras doña Cármen, profundamente impresionada, sentia verdaderos remordimientos por haber contribuido á aquella resolucion de Ana, y derramaba lágrimas de dolor por ver que se alejaba de su lado la jóven á quien tiernamente amaba, Martin, que habia trabajado tanto para vengarse en la desgracia eterna de Ana del amor que esta sentia por Alberto y de los desdenes del mundo hácia su fealdad, se consideraba derrotado vergonzosamente, y dentro de su corazon inmundo blasfemaba.

Martin no sospechó nunca que la jóven

huérfana, herida en la delicadeza esquisita de sus sentimientos, y perturbada en el idealismo singular de su amor primero, en vez de entregarse á la desesperacion, se recogiese, como recoge sus pétalos una sensitiva, y hallase en el santuario de su fe profunda remedio á los desengaños y fuentes inagotables de otro amor y de otra felicidad, mil veces superiores á los que el mundo podia darle.

La determinacion de Ana era, pues, para Martin una derrota completa, una derrota mayor tal vez que si la jóven y Alberto se hubiesen unido ante los altares con indisoluble vínculo.

Mayor sin duda alguna, porque, unidos Alberto y Ana, aun quedaba á Martin la satánica esperanza de sembrar entre ellos la discordia, y de causar, por consiguiente, la desgracia de entrambos, mientras que, encerrada la jóven en un convento y dado su corazon á Dios, era invulnerable á los tiros del odio, de la envidia y de la maldad.

En cuanto á Alberto, demasiado comprendia Martin que, á fuer de hombre de mundo,

no tardaría en olvidar aquel ligero episodio de su vida, y quizás, prestando atento oído á la voz que desde Madrid le llamaba, iría á buscar el consuelo de sus pesares en el amor de la hermosa y elegante Adela.

Por eso, repito, que Martin se confesaba completamente derrotado, y con razon.

Concluyeron el desayuno los viajeros, al mismo tiempo que Serafin, el criado, subia á avisar, del modo que él acostumbraba á hacerlo, que ya estaban preparadas las caballerías para emprender la caminata hácia la Almunia.

Levantáronse Ana y el cura, y este dijo á su hermana:

—No os empeñeis ahora en acompañarnos, ni mucho ni poco. Despidámonos aquí, y evitemos una escena de lágrimas en medio del camino. Ya hemos perdido bastante tiempo, y nos vamos á achicharrar por esos campos de Dios si tardamos un minuto mas en salir.

Accedió, aunque á duras penas, doña Carmen, y se arrojó en los brazos de Ana, llorando amargamente y sin pronunciar una sola palabra.

Ana lloraba tambien, pero conservaba en medio de todo su tranquilidad. Al separarse de los brazos de doña Cármen, enjugándose las lágrimas, dijo con acento en que palpita-
ba la mas pura esperanza:

—No es cosa de llorar, madre mia. ¿Acaso no voy á ser feliz para siempre?

—Felicidad egoista la que no se comparte con seres amados, dijo entonces una voz trémula y conmovida, que estremeció el corazón de Ana.

Volvieron todos la cabeza, y vieron á Alberto en el umbral de la puerta con los brazos cruzados y la mirada, llena de tristeza, fija en la mujer á quien amaba.

—¿Usted aquí? dijo el cura.

—¿No me ha de ser permitido siquiera este último consuelo? contestó el jóven conde de Villanueva. ¿Acaso quien tuvo puesta su fe en un amor que juzgó inestinguible, no merece ya ni un adios postrero ni una palabra de compasion, tan propia de los que van á ser felices?

Todos callaron. Ana sentia que le faltaban las fuerzas ante aquella última y ruda prue-

ba con que la Providencia queria sin duda acrisolar la firmeza de sus santas resoluciones.

—Un pobre enamorado, continuó Alberto, vagaba anoche por los alrededores de esta casa acariciando risueñas ilusiones de una dicha futura en que Ana quizás haya soñado tambien alguna vez. Por cima de las tapias de la huerta buscaba con ávidos ojos el enamorado una luz en las ventanas de esta casa, y esperaba tal vez oír dulces acordes, armonías delicadas, que en otro tiempo mas feliz escuchaba temblando de emocion y de ternura... ¿No lo recuerdas, Ana...? Pero, en vez de esto, oyó cerca de sí, aunque al otro lado de la tapia...

—Oyó otras armonías, dijo el cura gravemente interrumpiéndole, que deben ser para el corazon cristiano mil veces mas gratas y admirables que todas las armonías de la tierra. Oyó palabras sublimes, inspiradas á una jóven cándida y pura por una manifiesta y evidente vocacion del cielo. ¿No es esto lo que oyó?

—Es verdad, dijo Alberto bajando tristemente la cabeza.

—¿Y por qué quien eso oyó quiere hoy poner á prueba la fortaleza de la mujer que ha amado?

Esta pregunta, que era una reconvencion, lastimó algun tanto la susceptibilidad de Alberto, que replicó con cierta sequedad:

—¿No es lícito averiguar si esa fortaleza tiene por base una vocacion verdadera, ó una impresion del momento, hija de tristes equivocaciones ó de injustificadas inconstancias?

Ana, callada hasta aquel momento, y presa de una turbacion y de una angustia fáciles de comprender, levantó la frente con serenidad y dulzura.

—Doy gracias á Dios, dijo, porque me presenta esta ocasion de demostrar que libre y espontáneamente, sin tristes equivocaciones ni injustificadas inconstancias, sigo el camino á que la voz de Dios me ha invitado. Indigna seria de abrazar la santa cruz cuyos brazos me llaman á sí, si antes de entrar en el claustro no alcanzase una victoria sobre lo mas fuerte y poderoso que hay para mí en la tierra. No, Alberto; ni equivocaciones ni inconstancias, sino un verdadero favor de Dios,

me mueve á abandonar este mundo, que para V. tendrá todavía muchos encantos, y para mí no tendria quizás mas que desengaños y amarguras.

—¡Desengaños! ¡Amarguras! replicó Alberto: ¿acaso has visto en mí nada que pueda justificar semejantes temores? ¿Me juzgas capaz de desconocer, ni por un momento siquiera, la delicadeza de tu corazon? ¡Desengaños y amarguras, cuando, fiel á mis compromisos, vengo ahora que todavía es tiempo, ahora que soy libre como el aire, á poner á tus pies mi fortuna, mi título, todo cuanto soy y cuanto valgo, y principalmente mi amor y mi ternura...! Ana, piénsalo bien; aun es tiempo. Una sola palabra, y dentro de pocos dias, cuando tú quieras, Madrid saludará á la nueva condesa de Villanueva, á la reina de mi casa y de mi corazon.

Una palidez mortal cubria el rostro de Ana. Las sombras de la grandeza volvian á aparecer mas cerca que nunca. No habia sino alargar la mano para tocarlas. El cura observaba atentamente la lucha de afectos que debia verificarse en el corazon de la jóven, y ben-

decía á Dios porque de este modo trataba de probar la firmeza de la que iba á ser completamente su sierva. El cura creía que Ana no podría resistir, cosa que por cierto no causaba pena al buen P. Francisco: y ya casi se disponía á dejar el balandran que llevaba atado en la mano y á dar la órden de suspender el viaje, cuando Ana, volviéndose á él, le dijo resueltamente:

—Padre mio, marchemos... Adios, Alberto; adios, Martin; adios, madre mia. ¡Tengo fuerzas aun para volar y descansar!

Y diciendo esto, salió de la habitacion, seguida del cura, lleno de asombro, dejando como estatuas á Alberto y á los demas circunstantes.

Cabalgaron en el portal los dos viajeros, y, precedidos de Serafin, que llevaba del ronzal la acémila del equipaje, dieron un rodeo para salir al camino sin cruzar por el pueblo.

No hablaron una palabra hasta que ya estuvieron á bastante distancia de Alababella.

Entonces, y al pasar por delante de la quinta de Alberto, dijo el cura:

—Hija mia, me parece que te debian dispensar el año del noviciado.

—¿Por qué lo dice V., padre mio? preguntó Ana con extraordinaria serenidad.

—Porque no hay mayor noviciado que el que acabas de pasar.

—Dios lo ha hecho, replicó Ana, y esto debe probarle á V., añadió sonriendo con angelical dulzura, que no es del todo imposible que una paloma venza á un gavilan.

El cura miró con asombro á la jóven, y al cabo de un instante dijo pausada y gravemente esta sola frase:

—¡Es verdad!

XV.

DOS CADÁVERES.

Tres dias despues, por el mismo camino en que hemos dejado á nuestros viajeros bajaba el buen cura de Albabella montado en su mula de paso, y precedido, como tres dias antes, de Serafin, que guiaba otra mula cargada con una maleta, y una borriquilla, en cuyos lomos se veia una silleta, ó silla de tijera con almohadon.

Escusamos decir que la silleta iba vacía. Tres dias antes la ocupaba Ana.

Al llegar frente á la quinta de Alberto, el cura desmontó, y entregando las bridas de la mula á Serafin, le dijo:

—Toma: vete á casa, que yo voy en seguida. Dile á la señora que tenga preparado el almuerzo.

Entró en el parque, y se dirigió á las habitaciones de Alberto, escudriñando, mientras andaba, los bolsillos de su larga levita. De uno de ellos sacó un lio de papeles, los examinó por fuera, como para cerciorarse de que eran los que buscaba, y los volvió á meter otra vez en el bolsillo.

Alberto acababa de levantarse cuando le anunciaron la visita del cura.

—Que pase inmediatamente, dijo.

Un minuto despues el cura entraba en la habitacion, y Alberto le recibia en sus brazos.

—¡Vuelve V. solo! exclamó el jóven conde con desaliento.

—Amigo mio, si le he de hablar á V. con franqueza, no solamente vuelvo solo, sino que la dejo contentísima y mas satisfecha que nunca por haber tomado una determinacion tan heróica.

—¡Oh! no tiene corazon esa mujer, dijo Alberto dando nerviosamente con el pie en el suelo. ¡Si cuanto mas lo pienso, menos alcanzo á comprender la causa de semejante conducta!

—Que no la comprenda V., pase; pero que

Ana no tenga corazon... eso, amiguito mio, es poco menos que una herejía. Lo que yo le puedo decir á V., es que Ana es un ser extraordinario. Las rarezas y extravagancias de que le hablé á V. en otra ocasion, no son tales rarezas, sino cosas que se escapan á la penetracion de los hombres vulgares. Dios no la destinaba para casada, y se acabó la funcion. En cambio, quizá la destine para otros fines mas altos. Ahora, añadió sacando del bolsillo el paquete que habia examinado antes de entrar en la quinta, cumplo su último encargo entregando á V. esto, que, segun ella me dijo, puedo yo ver sin inconveniente ninguno.

Tomó Alberto el pequeño paquete, rompió la cinta con que estaba atado, y cayeron sobre la mesa algunas cartas, flores secas y otros recuerdos de esta misma especie.

—Ya ve V. lo que es esto, dijo al cura. ¡No quiere conservar nada que le recuerde mi nombre!

—Y hace muy bien. Dios no acepta el corazon á medias, sino por entero.

Alberto comenzó á rasgar las cartas; pero

de pronto se fijó en una que tenía sobre, á diferencia de las demas, y que abultaba mas que las otras.

Miró el sobre, y se puso pálido.

—¿Qué es esto? exclamó: ¿por dónde ha llegado esta carta á sus manos?

Y abriéndola precipitadamente, vió el retrato de Adela, y al pie de la firma de esta unas cuantas líneas escritas por Ana.

Las devoró Alberto, mientras el cura le miraba sin comprender nada de lo que veía, y, al terminar, alargó la carta y el retrato al sacerdote, diciéndole:

—Ahora me lo esplico todo. ¡Lea V., lea V., señor cura!

El cura leyó la carta de Adela que ya conocen mis lectores, y luego la *postdata* de Ana, que decia así:

«Alberto: Esta carta, que ha llegado á mis manos, debe volver á las de V., porque á V. estaba dirigida. Al cumplir el deber de devolvérsela, quiero darle á V. un adios eterno, sin rencor, sin amargura..., sin lágrimas.

»Usted ha amado á otra mujer. Nada tiene esto de particular; pero... ¿por qué no ha de

seguir V. amándola, si con ella puede ser mas feliz que conmigo?

»Amela V., y olvide á esta pobre soñadora, á quien hizo V. la inestimable merced de darle una compañera cuyo destino sigo.

»Sí: olvídeme V. á mí; pero cuando sienta V. algun pesar, acuérdesese de la paloma blanca.

»ANA.»

—En efecto, dijo el cura: esto explica en parte...

—No, no, le interrumpió Alberto; lo explica todo, y es necesario que Ana se persuada de que mi corazon es suyo. Aun es tiempo...

—Tranquilícese V., amigo mio. V. no ha leído bien. Ana no niega que el corazon de usted sea suyo; pero dice que antes ha sido de otra, y esto no lo puede V. ya remediar. Además, la resolución de Ana es tan firme, que ningun poder humano la haria variar de propósito.

Alberto volvió á coger la carta, y á leer de nuevo la *postdata* de Ana.

Guardó un momento de silencio, y de repente exclamó con exaltacion:

—Bien, esto acabó; pero es preciso que yo averigüe cómo esta carta fue á parar á manos de Ana.

—Muy sencillamente. Su padre de V., que en paz descanse, se la mandó á mi hermana para que se la enseñase á la jóven...

—¡Mi padre! ¡Imposible! Acababa yo de recibir esta carta cuando á mi padre le acometió la apoplegía que le llevó al sepulcro. No tuvo ni aun tiempo de saber que yo la habia recibido.

El cura se encogió de hombros, pero prometió á Alberto averiguar quién era el autor de aquella estraña sustraccion.

Separáronse, y el cura se dirigió á su casa, donde supo de labios de doña Cármen toda la verdad del caso; esto es, que no habia sido el general, sino Martin, quien trajo la carta.

No chocó poco al sacerdote que Martin hubiera sido el portador de semejante documento, y mas aun que se lo hubiese encontrado en el camino de una manera tan casual.

Doña Cármen esplicó á su hermano, aver-

gonzada y confusa, las mentiras de que ella y su hijo se habian valido en este asunto, todo con el fin de evitar el matrimonio de los dos jóvenes enamorados.

La sencilla confesion de doña Cármen desarmó al cura, que tuvo que hacer grandes esfuerzos para no reprender severamente á su hermana por su conducta. Prometió, sin embargo, desahogarse con Martin, no bien le echase la vista encima.

Aquella misma tarde, Alberto bajó á la casa del cura, á la casita blanca de que tan dulces recuerdos guardaba en su corazon, y al saber lo que doña Cármen habia referido á su hermano, dedujo que Martin habia entrado en el parque para arrebatarse la carta y el retrato.

El joven conde, furioso de indignacion por haber sido juguete de las maldades é hipocresías del ex-seminarista, no tuvo reparo en prometer delante de la misma doña Cármen, cuando menos, una soberana paliza á aquel tunantuelo, de quien en mal hora habia hecho el confidente de sus amores.

Doña Cármen, sofocando su amor de ma-

dre, bajó la cabeza, comprendiendo la razon con que Alberto se indignaba, y no tuvo aliento para defender á su hijo.

El cura trató de sosegar el ánimo de Alberto, diciéndole que no era menester valerse de la fuerza para castigar al perverso Martin.

—He determinado, añadió el cura, arrojarle de esta casa, y que vaya á un cuartel á expiar sus maldades. Mal que te pese, dijo á su hermana, irá á sentar plaza de soldado, porque tu cariño le echa á perder, y mi autoridad no basta para contenerle en el camino de su perdicion. Y á propósito: aun no se ha presentado delante de mí desde que he venido. ¿Por dónde anda esa buena pieza?

—Salió esta mañana temprano con la escopeta, respondió doña Cármen, y aun no ha vuelto. Temiéndome estoy que le haya pasado algo, porque él no es muy amigo de cazar, y tarda mucho.

—¡Yerba mala...!dijo entre dientes el cura.

Esperaron algunas horas, y Martin no venia. Llegó la noche, y Martin no pareció tampoco.



Juliano encuentra á Tigranate en el jardín del palacio, y le hace ir al templo de Cibele, para que presencie un horrible sacrificio.



El cura comenzó ya á entrar en cuidado. Doña Cármen, toda trémula y agitada, mandó que algunos criados salieran á buscarle con hachas de resina por las orillas del rio y por la espesa arboleda que desde el rio subia hasta la cumbre del inmediato monte.

El P. Francisco tomó un grueso baston de caña, y salió con los mozos en busca de su sobrino.

Preguntaron por él á algunos labradores que vivian en las afueras del pueblo, y no faltó quien les indicara la direccion que habia tomado por la mañana, con la escopeta al hombro.

Recorrieron las huertas cuyas márgenes lamia el rio, y no encontraron nada; pero un molinero les dijo que Martin habia cruzado el rio por un tosco puente de madera que habia mas abajo del molino, y que sin duda debió internarse en el fondo de la arboleda.

Tambien añadió que á eso del medio dia se habia oido un tiro hácia el bosque, pero sin que despues hubiera sonado ningun otro.

El cura y los mozos cruzaron el puente, y siguieron la dirección que el molinero les acababa de indicar.

Estendiéndose los que componían aquella singular comparsa, para reconocer mejor el terreno, y formando un semicírculo como cuerpo de ejército bloqueador, fueron aproximándose á la espesura.

Al cabo de diez minutos, uno de los mozos se paró, y después de reconocer un objeto en el suelo, gritó:

—Señor cura: aquí hay una paloma muerta, que todavía chorrea sangre.

El cura se apresuró á acudir al sitio que se le indicaba, y vió, en efecto, una paloma blanca, herida en el pecho de una perdigonada.

Era fácil conocer que la paloma había sido muerta pocas horas antes.

—¿Habrás sido él? dijo para sí el cura recogiendo la paloma.

Y, levantando la voz, añadió:

—Sigamos todos esta dirección hacia la entrada del bosque.

Cumplieron los mozos el mandato con

perfecta escrupulosidad, y no bien habian andado veinte pasos, cuando oyeron la voz del cura, que les mandaba hacer alto.

—¡A ver! acercad las luces á esta zanja. Me parece ver un bulto...

Las acercaron, y, efectivamente, en el fondo de la zanja habia un cuerpo humano, tendido de bruces, y al lado una escopeta.

Sacaron aquel cuerpo, y vieron un charco de sangre en el sitio donde habia estado la boca del hombre.

El hombre era Martin.

El primer cuidado del cura fue poner la mano sobre el corazon de Martin.

No percibió ni un latido siquiera. Lo examinó repetidas veces, despues de rociarle las sienes con agua, y, por fin, exclamó con acento de misterioso terror:

—¡Está muerto! ¡Muerto... y la paloma tambien!

Una hora despues, mientras doña Cármen, anegada en lágrimas, recibia cristianos consuelos de algunas buenas gentes del pueblo que habian acudido á casa del cura no bien

cundió la noticia de aquella repentina muerte, el cirujano estendia una certificacion consignando que Martin habia fallecido de una hemorragia pulmonar.

EPILOGO.

Antes de poner fin á mi relato, debo dar á los lectores de estas líneas otra noticia, triste tambien, pero al mismo tiempo profundamente consoladora.

Diez años despues de la muerte de Martin, dos elegantes viajeros, jóvenes todavía, y, por las señas, marido y mujer, entraban á oír misa en una pequeña iglesia de Epila, no lejos de la Almunia.

La iglesia pertenecia á un convento de monjas.

Al entrar los viajeros se concluia de celebrar un modesto oficio de difuntos, y la multitud de gente que llenaba las pequeñas naves de la iglesia se agolpaba á una gran reja que habia en el fondo de una capilla.

Los viajeros, movidos á curiosidad, se acercaron tambien todo lo que les fue posible á la reja.

Al poco rato, la multitud se conmovió, produciendo un murmullo semejante al lejano oleaje del mar; y al mismo tiempo, por el claustro que á través de la reja se veía, pasaba lentamente toda la comunidad tras el cadáver de una monja que yacía en una humildísima caja de madera.

De entre la multitud salieron entonces muchas voces que decían:

—¡La santa, la santa! Bien lo dice la cara, que parece de ángel.

El, al parecer, marido de la viajera, se dirigió al que tenía al lado, preguntando:

—¿Quién es la difunta que la llaman *santa*?

—Señor, le contestaron; Sor María del Espíritu Santo se llamaba en el convento.

—Ana se llamó en el siglo, dijo entonces una voz débil, pero penetrante, al oído del viajero.

Volvióse este como movido por un resorte, y vió cerca de sí á un cura viejecito, que miraba alternativamente al viajero y á la viajera.

—¡P. Francisco! exclamó el viajero al cabo de un instante.

—¡Alberto! *Ella* es feliz. ¿Lo es V. tambien con Adela?

Alberto dió un ligero suspiro, y dijo con voz muy baja al cura:

—Alguna vez me acuerdo de la paloma blanca.

—Pues á propósito; si la quiere V. ver disecada, contestó con una sonrisa caritativa el P. Francisco, no tiene V. mas que entrar en la celda que ocupó sor María del Espíritu Santo, á quien llama santa el pueblo.

FIN.

INDICE.

	Págs.
Una palabra al lector.....	5
I.— <i>Beati qui moriuntur in Domino</i>	7
II.—Arrullos y perfumes.....	17
III.—Armonías.....	27
IV.—Una paloma perdida.....	33
V.—Una paloma encontrada.....	39
VI.—Vivir es mudar.....	51
VII.—De viaje.....	59
VIII.—Los dos caminos.....	77
IX.—Un padre y una madre.....	93
X.—El diablo es hombre de bien.....	107
XI.—Caída del ídolo.....	117
XII.—El eco de una voz.....	131
XIII.—Un drama inverosímil en los aires.....	139
XIV.—El vuelo y el descanso.....	153
XV.—Dos cadáveres.....	171
EPÍLOGO.....	183

PLANTILLA

PARA LA COLOCACION DE LAS LÁMINAS.

	Págs.
Aquel jóven , vestido, y no sin cierta elegancia, de cazador, llevaba pendiente de su mano de- recha la infeliz paloma, teñida en sangre....	35
Ana, con el codo apoyado en el alféizar de la ventana, miraba vagamente las nubes que se mecian en los aires.....	144
El primer cuidado del cura fue poner la mano sobre el corazon de Martin.....	181





12 June 1776

January 12 1775

20 Nov

1775

RO. 31 p. 522

~~9871~~



VALENTIN GOMEZ

LA PALOMA

BLANCA

5484